

# BARÓN DE MÜNCHHAUSEN



COLECCION ARALUCE



**Colección ARALUCE**

---

---

**LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS**

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes  
Premiadas en la Exposición de Leipzig

**AVENTURAS DEL  
BARÓN DE MÜNCHHAUSEN**

OBISPADO DE BARCELONA

---

---

NIHIL OBSTAT.

*El censor,*

Dr. Juan Tusquets Terrats,  
Pbro.

---

Barcelona, 3 de enero de 1927

IMPRÍMASE

José, Obispo de Barcelona

*Por mandato de su Excia. Ilma.*

Dr. Francisco M.<sup>a</sup> Ortega  
de la Lorena  
Canciller-Secretario

# AVENTURAS DEL BARÓN DE MÜNCHHAUSEN

RELATADAS A LOS NIÑOS

CON ILUSTRACIONES DE  
ALBERT



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

CASA EDITORIAL ARALUCE  
CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

AVENTURAS  
DEL BARÓN DE  
MÜNCHHAUSEN

---

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

---

# ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
	7
I DE MAR Y DE TIERRA . . . . .	9
II EN LAS ESTEPAS DE RUSIA . . . . .	20
III HISTORIAS DE CAZA . . . . .	29
IV PERROS Y CABALLOS . . . . .	44
V AVENTURAS DE GUERRA . . . . .	53
VI ¡CAUTIVO! . . . . .	61
VII CAMINO DE AMÉRICA . . . . .	69
VIII EL NUEVO JONÁS . . . . .	74
IX UN DRAMA EN LOS ESPACIOS INTER- PLANETARIOS . . . . .	77
X MISIÓN SECRETA . . . . .	82
XI EL TESORO DEL GRAN TURCO . . . . .	90
XII BAJO EL PABELLÓN INGLÉS . . . . .	100
XIII LA HONDA MARAVILLOSA . . . . .	109
XIV ENTRE OSOS . . . . .	121
XV UN PERRO COMO HAY POCOS . . . . .	129
XVI EN LA LUNA . . . . .	133
XVII EN LAS ENTRAÑAS DE LA TIERRA . . . . .	141
XVIII EN EL VIENTRE DEL MÓNSTRUO . . . . .	152

## LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Dios sabe donde me llevaba la fiera . . . . .	<i>Frontis</i>
	<u>Págs.</u>
...la columna de vapor transformóse... . . . .	28
...oblíguéle a entrar por una ventana... . . . .	52
...remolcándonos a sesenta millas... . . . .	71
...mientras soplabá con la otra. . . . .	86
...y lo lancé al galope a través... . . . .	112
...y tenía ya entre sus dientes... . . . .	123
Llevan la cabeza bajo el brazo... . . . .	138
—¡Ingrato mortal, vuelve al mundo... . . . .	150

## PRÓLOGO

*En las inmediaciones de Hannóver, alzábase siglos atrás el lugarejo de Münchhausen, del cual eran dueños y señores absolutos los barones del mismo nombre. En 1341, una inundación devastó la vieja aldea, y ocho o nueve años después, un incendio acabó con los pocos edificios y supervivientes que quedaban. Salváronse, no obstante, el noble señor del caserío y su familia, que moraban en la ciudad antes mentada.*

*Jerónimo Carlos Federico de Münchhausen, el héroe de las Historias que siguen, y descendiente directo de aquellos magnates despojados por dos memorables catástrofes, nació en 1720; habiéndose trasladado a San Petersburgo, combatió al lado del ejército ruso de 1740 a 1741; el resto de su vida lo consa-*

gró a la caza y la equitación. Ya viejo, para quebrantar la monotonía de su vida forzosamente sedentaria, divertíase refiriendo las que él llamaba sus inconcebibles andanzas a todo el que quería oírle. Y Godofredo A. Bürger, escritor que hubo de tener esta suerte, publicó en 1786 el libro que hoy adaptamos, clásico actualmente en Alemania, y que no es más que el relato completo de los graciosos embustes salidos de labios del último barón de Münchhausen, tal como se los oyera contar al pintoresco y viejo hidalgo.

Imaginaos, pues, queridos lectores, que os habla él mismo, y escuchadle con atención, que a buen seguro no os aburrirá el relato de sus portentosas y divertidas aventuras.

## CAPITULO PRIMERO

### DE MAR Y DE TIERRA

**L**os caballos, los perros y los viajes han constituido las tres grandes pasiones de mi vida. En breve os hablaré extensamente de mis perros y mis caballos por el momento os voy a describir mi primer viaje, que fué un viaje por mar.

Hallábame yo todavía, según solía decirme mi buen tío, el barbudo mayor de húsares, en ñeido pleito con las ocas, puesto que no hubiera podido saberse con exactitud si el vello blanco rubio que cubría mi mentón se transformaría en poblada barba o en plumas de tales aves, cuando ya eran los viajes mi aspiración única.

Mi padre, que había pasado la mayor parte

## 10 AVENTURAS DE MÜNCHHAUSEN

de su vida viajando, amenizaba las dilatadas veladas de invierno con la verídica narración de sus aventuras a través del mundo. Puede, pues, atribuirse mi afición tanto a predisposición natural como a la influencia del ejemplo paterno.

Lo cierto es que aprovechaba cuantas ocasiones se me ofrecían, y aun las que no se me ofrecían, para obtener la autorización que había de permitirme satisfacer mi vehemente deseo de recorrer aquellos remotos países de que mi padre hablaba. Pero todos mis esfuerzos eran vanos; si en alguna ocasión lograba inclinar un tanto la voluntad de mi padre, mi madre y mi tía extremaban la resistencia con inquebrantable obcecación, y no tardaba en perder las ventajas que con tanto trabajo adquiriera.

Por último, quiso el azar que uno de mis tíos maternos nos hiciera una visita. Era un señor muy metido en la política y a quien las necesidades de ésta hacían viajar bastante. Por si podía atraerle a mi causa, ingeniémelas para agradarle, no tardando en conseguirlo, logrando también mi propósito de conquistar

su apoyo ; con frecuencia decíame que veía en mí un alegre y gallardo mancebo, y que encontrábase pronto a hacer cuanto pudiera para ayudarme a realizar mis caros sueños.

Conforme yo esperaba, su elocuencia fué más persuasiva que la mía, y después de muchas pláticas y discusiones, convínose, a satisfacción del principal interesado, que lo acompañaría a Ceylán, donde mi tío había sido gobernador por espacio de muchos años.

Salimos de Amsterdam, encargado mi pariente de una importantísima misión de los Altos Poderes de los Estados de Holanda, no ofreciendo nuestro viaje la menor particularidad digna de nota, si se exceptúa una tremenda tempestad que hubimos de padecer, y a la que debo consagrar algunas palabras, si quiera sea por las singulares consecuencias de que fué origen.

Estalló, precisamente, en el momento en que nos hallábamos anclados delante de una isla para hacer provisión de agua y leña, y se desencadenó con tal violencia que arrancó y levantó por el aire gran número de árboles y arbustos ; siendo de advertir que, aunque

## 12 AVENTURAS DE MÜNCHHAUSEN

algunos de los primeros pesaban cientos de quintales, la prodigiosa altura a que los elevó la fuerza de la tormenta les hacía parecer tan pequeños como briznas de paja.

Pues bien ; al cesar la tempestad, aquellos árboles cayeron perpendicularmente en los propios sitios de donde fueran arrancados, echando al punto nuevas raíces, de suerte que no quedó el menor vestigio de los estragos causados por los elementos en furia. El mayor de tales árboles fué, sin embargo, una excepción : en el momento de desarraigarlo la tempestad, estaban ocupados un hombre y su esposa en coger cohombros, pues en aquellos parajes producen los árboles tan excelente fruto, y el digno matrimonio realizó el más reposado viaje aéreo ; por desgracia su peso modificó la dirección del árbol, que cayó horizontalmente en tierra.

Esto fué una suerte para nosotros, y os diré por qué :

El negro cacique de la isla había abandonado su vivienda, al igual que la mayoría de sus súbditos, negros también, temiendo que se hundiese y le aplastara bajo sus ruinas. Y

aconteció que, regresando a su palacio al terminar la tormenta, en el punto y hora en que llegaba al centro del jardín cayó encima el árbol que sirviera de nave aérea a los buscadores de cohombros, y afortunadamente lo mató.

—¿Afortunadamente habéis dicho?

—Afortunadamente, sí; porque el cacique aquel era un abominable tirano, y los habitantes de la isla, sin exceptuar sus validos e incluyendo niños y mujeres, eran por culpa de él las criaturas más infelices de la tierra. Enormes cantidades de provisiones pudríanse en sus graneros, y sin embargo, el pobre pueblo, de quien las sacara con mil extorsiones y atropellos de toda índole, se moría de hambre.

La isla que lo padecía no tenía nada que temer del extranjero; y, sin embargo, el déspota echaba mano de todos los jóvenes para hacerlos héroes según la usanza, y de vez en cuando vendía su colección al monarca vecino que más le ofrecía, con el solo fin de agregar nuevos millones de conchas a las ya incontables que de su padre heredara. Díjose nos que había importado tan inaudito procedi-

miento de un viaje que hiciera al Norte ; afirmación que, a pesar de nuestro fervoroso patriotismo, no quisimos refutar, ya que para aquellos insulares un viaje al Norte pudiera significar lo mismo una excursión a las islas Canarias que un paseo hasta Groenlandia.

En señal de reconocimiento por el inmenso, aunque casual servicio prestado a sus compatriotas por el matrimonio aficionado a los cohombros, ensalzóseles al trono vacante por muerte del inicuo cacique.

Por nuestra parte, después de reparar la embarcación que allí nos condujera y que debía llevársenos, un tanto averiada por la tormenta, nos despedimos de los nuevos soberanos y sus súbditos y nos hicimos a la vela con viento favorable, arribando a Ceylán al cabo de seis semanas.

\* \* \*

Dos horas, poco más o menos, después de nuestro desembarco, propúsome el hijo mayor del gobernador que le acompañase en una excursión de caza que pensaba realizar. Como supondréis, acepté la invitación.

Era mi amigo de estatura elevada y recio en proporción, a la vez que fuerte y habituado a los rigores del clima; pero yo no tardé en sentirme fatigado por efecto del calor, y, aunque no hiciera mucho ejercicio, hube de quedar un poco rezagado cuando nos internamos en el bosque.

Necesitando algún reposo, disponíame a sentarme a orillas de un río que atraíame desde hacia algún tiempo, cuando oí gran ruido a mi espalda.

Volvíme a escape, y quedé como petrificado contemplando un descomunal león, que se dirigía a mi fatigada persona, con el indudable propósito de almorzárseme sin pedirme siquiera permiso.

Yo llevaba la escopeta cargada con perdigones, y no disponía de tiempo ni tenía presencia de ánimo para reflexionar largamente; resolví, pues, disparar contra la fiera, ya que no para matarla, para espantarla al menos.

Mas, viendo que le apuntaba, adivinó sin duda el animal mis para él reprobables intenciones, pues se puso furioso y lanzóse contra mí,

Instintivamente, más bien que por reflexión, propúseme entonces realizar una cosa imposible, esto es, huir.

Di media vuelta con tal propósito, y... ¡todavía me estremezco sólo al recordarlo! a pocos pasos de mí, un monstruoso cocodrilo abría ya sus formidables mandíbulas para devorarme, sin más cumplidos que el león.

Imaginaos, amigos míos, el horror de mi situación: Por detrás, el rey de la selva; por delante, el cocodrilo; a la izquierda un río profundo y de rápida corriente, y a la derecha un espantoso precipicio, poblado, según supe después, de serpientes venenosas.

Aturdido, atónito ante el horroroso, cuádruple e inminente peligro, caí en tierra; y hasta el mismo Hércules, aun armado de su maza, hubiera hecho lo propio.

El único pensamiento que ocupaba ya mi espíritu, era el de esperar el tremendo instante en que sentiría la presión de los colmillos del león furioso o el golpetazo de las mandíbulas del cocodrilo...

De repente, y algunos segundos después de mi caída, oí violento y extraño ruido de *cra-*

nes trituradas y huesos rotos, aunque sin experimentar el menor dolor.

Alcé furtivamente la cabeza, y vi, con grado asombro, que impelido el león por el propio arranque con que se abalanzara a mí, había penetrado de suyo y sin poderse contener en las abiertas fauces del cocodrilo, y en vano se esforzaba, rasgando su piel y rompiendo los dientes del saurio, por sacar la cabeza de aquella erizada sima.

Púseme en pie a escape, y metiendo mano a mi cimitarra, de un solo tajo corté al león la cabeza, haciendo rodar su cuerpo a mis pies; luego, con la culata de la escopeta hundí cuanto pude aquella cabeza en el gáznate del cocodrilo, que no tardó mucho en morir atragantado.

Breves instantes después de esta singular victoria sobre tan terribles adversarios, dejóse ver mi amigo, que alarmado buscábame hacía algún tiempo, y al reparar en los humean-tes despojos de mi combate, me felicitó calurosamente, envidiando mis laureles. Procedimos luego a medir el cocodrilo, resultando

que tenía nada menos que cuarenta pies... y siete pulgadas, con toda exactitud.

Cuando hubimos contado tan extraordinaria aventura al gobernador, envió un carro con suficiente número de hombres en busca de los cadáveres de las fieras.

Un peletero de la localidad hízome con la piel del león cierto número de tabaqueras, de las cuales regalé algunas a mis amigos de Ceylán, distribuyendo las que me quedaban entre los burgomaestres de Amsterdam, que me hicieron aceptar en cambio un obsequio de mil ducados.

La piel del cocodrilo fué empajada por el método usual, y figura hoy día como pieza notable en el museo de Amsterdam, cuyo conserje cuenta a los visitantes su excepcional historia.

Debo advertir, sin embargo, que el buen señor añade algunos pormenores hijos de su fantasía y que se apartan de la verdad.

Dice, por ejemplo, que el león recorrió toda la longitud del cuerpo del cocodrilo y que, en el momento de salir por la parte opuesta a aquella por donde entrara, el ilustrísimo barón

(que tal tratamiento acostumbra darme) le cortó la cabeza, seccionando a la vez tres pies de cola del feroz cocodrilo.

—El cocodrilo—añade el zumbón del conserje—, profundamente humillado por esta mutilación, se retorció, arrancó la cimitarra de manos del ilustrísimo barón, y tragóse la con tan tremendo ahinco, que se la hizo pasar por mitad del corazón, muriendo en consecuencia instantáneamente.

Inútil creo decirlos que mi modestia resiente grandemente por la desenfadada elocuencia de este sujeto. Las personas que no me conocen pueden sentirse inclinadas, oyendo tan groseros embustes, a poner en duda la veracidad de mis aventuras, lo cual constituye una grave ofensa para todo hombre de honor.

## CAPITULO II

### EN LAS ESTEPAS DE RUSIA

**V**oy a hablaros ahora de un viaje que hice a Rusia algunos años después de mi regreso de Ceylán.

Para realizar este viaje salí de nuestras tierras en invierno, diciéndome, y no sin razón, que con el hielo y la nieve los infernales caminos que conducen a través de las provincias nórdicas de Germania, Polonia, Curlandia y Livonia, estarían más practicables que en toda otra época, y sin gastos para los gobiernos.

Viajaba a caballo, ya que este es el mejor medio de locomoción cuando la montura y el jinete saben de qué pie cojea cada cual.

Mi traje era de paño fino, así que el frío hizo presa en mí conforme internábame hacia el

Norte ; pero, si tal me ocurría yendo bien comido y bebido y pudiéndome envolver en mi capa, podéis imaginaros la tortura infernal que padecería en un invierno tan crudo y bajo un cielo tan inhóspito, un pobre viejo que encontré abandonado y entumecido en un prado desierto de Polonia. Este infeliz, que yacía apelotonado y estaba semidesnudo, movióme a compasión, y, aunque al hacerlo sintiera helárseme el corazón en el pecho, eché mi capa sobre sus miembros amoratados. Entonces, súbitamente, brotó del cielo una voz que ensalzó en gran manera mi obra de caridad, y me dijo :

—Yo os prometo, hijo mío, que vuestro acto tendrá la merecida recompensa.

Continué mi viaje, y algunas horas después envolvíanme las tinieblas de la noche, que por cierto eran densísimas. En ninguna dirección veíase ni se adivinaba un pueblo. Toda la comarca hallábase cubierta por la nieve, y no sabía hacia dónde encaminar mis pasos.

Cansado de cabalgar eché pie a tierra, y amarrando el caballo

una especie de afilada  
BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

estaca que sobresalía de la nieve, púseme, por lo que pudiera suceder, las pistolas bajo el brazo y me tendí sobre la nieve, no tardando en conciliar un sueño tan plácido que no me desperté hasta bien entrado el día. ¿Será menester que os describa el estupor de que fuí presa al encontrarme en mitad de un pueblecillo, y precisamente en el centro de su cementerio?

Al pronto no descubrí en ningún sitio a mi caballo; pero pronto oí descender de las alturas un sordo y prolongado relincho, y como alzase la cabeza para ver de dónde provenía, descubrí a mi montura suspendida de la veleta del campanario.

No tardé en explicarme lo que había sucedido: Había encontrado el pueblo enteramente cubierto de nieve; durante la noche tuvo a bien cambiar el tiempo, y mientras yo dormía a pierna suelta, la nieve habíase derretido, haciéndome descender lenta y suavemente hasta dejarme sobre el duro suelo; y lo que en la obscuridad de la noche tomara yo por una vulgar estaca o la copa deshojada de un árbol, no era sino la veleta del campanario del

cementerio. Sin darle más importancia al suceso empuñé una de mis pistolas, apunté a las bridas, y disparando recuperé por tal medio mi montura, lo que me permitió proseguir el viaje.

Nada más me sucedió hasta llegar a Rusia, donde no existe la costumbre de ir a caballo en invierno. Y como profeso el principio de acomodarme al uso de los países en que me encuentro, adquirí un trineo para un caballo y alegremente me dirigí a San Petersburgo.

No sé concretamente si fué en Estonia o en Ingria ; pero recuerdo aún a la perfección que en mitad de un largo e intrincadísimo bosque, me ví de repente perseguido por un enorme y veloz lobo, al que prestaba todavía mayor agilidad el aguijón del hambre.

Comprendiendo que no había manera de escapar de sus garras, me tendí maquinalmente en el fondo del trineo, abandonando a mi caballo el cuidado de nuestra mutua defensa.

Sucedió lo que yo me presumía y no me atrevía a esperar. Sin cuidarse de mi flaco individuo, saltó el lobo por encima de mí, y ca-

yendo furioso sobre el caballo, desgarró y devoró en un instante todo el cuarto trasero del infortunado animal, que aguijado por el dolor y el espanto corría más cada vez. ¡Habíame salvado!

Alcé furtivamente la cabeza, y vi, con grato que el lobo iba ocupando el lugar del caballo a medida que se lo engullía. La ocasión era demasiado favorable para desperdiciarla, y no vacilé: empuñando el látigo me puse a zurrar al lobo con todas mis fuerzas. El inesperado ataque causó no poco terror a la fiera, que se lanzó bosque adelante con toda la velocidad de sus piernas. Y entonces prodújose un hecho inaudito: sacudido por la alocada rapidez de la marcha, el esqueleto del desventurado caballo cayó a tierra, quedando el lobo uncido al trineo.

Redoblé los latigazos, y viendo girar todo en torno mío, como presa de un torbellino espantoso, continuó la desenfrenada carrera, y volando, más que corriendo, entré sano y salvo en San Petersburgo, con no poca admiración de cuantos me vieron llegar.

¡ Líbreme Dios de distraeros, amigos míos, con disquisiciones acerca de las instituciones, las artes y las ciencias y otras particularidades por el estilo de la maravillosa capital de Rusia, y mucho menos de explicaros las mil intrigas que se desarrollan en la sociedad elegante, donde un forastero puede estar seguro de ser acogido con franca afabilidad por la dueña de la casa !

Prefiero hablaros de otros asuntos, es decir, de caballos y perros, que siempre tuvieron mi simpatía, sin olvidar los zorros, lobos y osos, los cuales, en unión de otras clases de alimañas, abundan en Rusia más que en cualquier otro país. Hablaré además de excursiones de placer, de ejercicios caballerescos y actos de valor, que es lo que más contribuye a la nombradía de un hidalgo.

Como me viese obligado a esperar por algún tiempo la plaza que solicitara en el ejército, tuve durante algunos meses la libertad necesaria para gastar dinero y tiempo con la mayor esplendidez del mundo. Pasé más de una noche entera jugando fuerte, entre el continuo chocar de los vasos llenos, ya que realmente

el riguroso clima y las costumbres del país han procurado a la botella en los hábitos de la buena sociedad rusa, un lugar mucho más preferente que en nuestra sobria Germania.

Por este motivo, abundan allí más que en cualquiera otra parte los hombres que en justicia merecen el título de maestros excelsos en el noble arte de beber. Pero todos los que conocí no eran más que aprendices atrasados en comparación de un general de barba canosa y crin leonada que comía en nuestra mesa redonda.

Este viejo caballero había tomado parte en combates tan espantosos que solamente el oírse los narrar ponía los cabellos de punta. Los refería, en verdad, de un modo extraordinario; pero a mi entender bebía de un modo más extraordinario todavía.

Habiendo perdido en una batalla contra los turcos la parte superior de la bóveda craneana, excusábase del modo más cortés, cerca de todo caballero que tomaba asiento a nuestra mesa, de verse obligado a permanecer cubierto durante la comida. En el transcurso de ésta solía apurar varias botellas de aguardiente, termi-

nando con una de un solo trago, y además varias botellas de coñac, sin que jamás observárase en él el menor síntoma de embriaguez. Tan inverosímil es esto, ¡oh señores!, que os perdono el que no me creáis, pues yo mismo necesité mucho tiempo para persuadirme, hasta el día en que por pura casualidad descubrí a qué circunstancia debíase el fenómeno.

El general tenía la costumbre de quitarse de vez en cuando el sombrero; y aunque yo lo había notado, nunca me ocurrió concebir la menor sospecha de algo anormal, pues era naturalísimo que sintiese calor en la frente y procurase airearla un tanto. Pero fijándome más observé que debajo del sombrero llevaba una válvula de plata, que le servía para tapar la bóveda craneana y permitía que los vapores de las bebidas se volatilizasen en ligera nube.

Comuniqué mi observación a algunos amigos y me brindé a demostrar cuanto antes la veracidad de mi aserto. Con tal propósito, una noche me coloqué, con la pipa en la boca, detrás del general, y, en cuanto éste se quitó el sombrero, encendí, con un trozo de papel, los vapores. Pudimos contemplar entonces un

espectáculo nuevo y magnífico. En pocos segundos la columna de vapor transformóse en una llama, envolviendo los cabellos del general en una esplendente luz azul, que ponía en su cabeza una aureola digna de cualquiera de los héroes más renombrados.

El feroz guerrero se dió cuenta, naturalmente, del experimento; mas no lo tomó a mal, así que me autorizó a repetir siempre que me acomodase un ensayo que le confería tan venerable apariencia.



... la columna de vapor transformóse...



## CAPITULO III

### HISTORIAS DE CAZA

**D**ejo para otra ocasión algunas aventuras que por entonces me acaecieron, porque me propongo narraros ahora varias historias de caza que me parecen más sorprendentes y divertidas. No podéis imaginaros hasta qué punto me place la compañía de amigos que saben apreciar en su justo valor los actos de príncipes y grandes señores. Tanto el pasatiempo que estas cacerías ofrecíanme como la fortuna que quiso favorecerme en toda circunstancia de las mismas, constituyen mis recuerdos más gratos.

Cierta mañana descubrí, desde la ventana de mi dormitorio, un estanque no muy distante y abundantemente poblado de patos silvestres.

Tomando a toda prisa la escopeta, eché escaleras abajo tan prestamente, que dí con la cara en el marco de la puerta. El golpe me hizo ver todas las estrellas del firmamento ; mas, sin pensar siquiera en quejarme, reanudé la carrera, tardando poco en llegar al estanque de mis anhelos. Y ya disponíame a disparar, cuando noté con desesperación que, efecto del violento choque sufrido había perdido la piedra de la escopeta.

¿Qué hacer en tan crítico momento? ¡No era cuestión de perder ni un minuto! Afortunadamente me acordé de lo que poco antes viera. Alcé, pues, la cazoleta y díme una puñada en un ojo. Este vigoroso golpe hizo saltar un número de chispas suficiente para encender la pólvora. Así que salió el tiro, con el cual maté cinco pares de patos, cuatro ceretas y dos gallinetas acuáticas.

Esto demuestra que la presencia de ánimo es la base de las grandes acciones ; si presta inapreciables servicios al soldado y al marino, el cazador, a su vez, le debe muy buenas fortunas.

Recuerdo, ¡y vaya un ejemplo más!, que

cierto día vi en un lago, a cuya orilla condujérame una de mis excursiones, unas cuantas docenas de patos silvestres, demasiado diseminados para pensar en matar de un tiro más de uno. Para colmo de desgracia, no tenía yo más municiones que las contenidas en la escopeta. Y era el caso que yo deseaba matarlos a todos de un tiro, pues aguardábanme en casa bastantes amigos y conocidos a quienes deseaba obsequiar.

Recordé entonces que me quedaba en el morral un pedazo de tocino, resto de las provisiones que llevara en mi expedición. Até este pedazo de tocino a una cuerda de cuatro cabos, que deshice y anudé punta con punta previamente, de modo que cuadruplicué su longitud; oculto luego entre los juncos de la orilla, lancé lo más lejos que pude el cebo, y pronto pude ver, con la natural satisfacción, que un pato, abalanzándosele voraz, se lo tragaba; acudieron las otras aves en pos de la primera; y cómo, gracias a su untuosidad, muy pronto el tocino atravesó el pato en toda su longitud, otro pato tragóselo a su vez, con el mismo resultado, luego otro, y así sucesi-

vamente ; de modo que, al cabo de cierto tiempo, el trozo de tocino había pasado a través de todos los patos, sin separarse de la cuerda, en la cual quedaron las aves ensartadas como las perlas de un collar. Tiré del cordel, y rodeándome con él varias veces la espalda y la cintura, púseme en camino llevando sobre mi persona todos los patos que en el lago había.

Desgraciadamente la distancia por cubrir no era corta, y con el peso de todos aquellos animales llegué a verme a dos dedos de caer rendido de fatiga ; de tal modo que, arrepentido de haber cogido tantos, no sabía qué partido tomar y probablemente los hubiese abandonado, de no venir en mi ayuda un suceso extraordinario, que al pronto, si he de decir la verdad, me alarmó algo.

Es el caso que, como todos aquellos ánades estaban vivos, en cuanto volvieron en sí de su súbito estupor, rompieron a mover, a agitar fuertemente sus alas y eleváronme en el aire consigo.

Muchas personas no habrían sabido qué hacer en semejante coyuntura ; pero yo aproveché el fenómeno en provecho propio, orien-

tando el inopinado vuelo hacia mi casa, con ayuda del faldón de la casaca que vestía.

Llegado felizmente sobre el tejado de mi morada, faltábame descender sin hacerme daño; retorcí el cuello a buena parte de los ánades, y descendí suavemente a través del espacio, viniendo a caer, con gran susto y estupor del cocinero, en medio del hogar, que, afortunadamente, estaba apagado.

\* \* \*

En otra ocasión me ocurrió una nueva aventura por el estilo: Había salido para probar una escopeta nueva y, agotadas ya las municiones, ví alzarse inopinadamente una bandada de gallinetas acuáticas. El deseo de apoderarme de algunas para la cena de aquella noche me inspiró una idea de la cual, en caso necesario, pueden hacer uso los presentes, pues para ello tienen mi venia: Cargué la escopeta, poniendo en vez de perdigones la baqueta, que agucé a toda prisa y lo mejor que pude; me acerqué cautamente a las gallinetas, que se levantaban en línea recta, dispa-

ré, y tuve la satisfacción de ver a las siete que componían la bandada ensartadas en el improvisado asador, con el cual cayeron a poco a mis pies.

Conforme os dije antes, en este mundo es conveniente saber salir de apuros en toda circunstancia.



En cierta ocasión, encontrándome en Rusia, tuve que habérmelas con una hermosísima zorra negra; verdaderamente, habría sido un delito estropear con una bala su preciosa piel. Hallábase agazapada detrás de un árbol. Yo quité la bala de mi escopeta y le puse por carga un clavo, que disparé de manera que vino a sujetar contra el árbol la cola del animal. Me acerqué poco a poco a éste, y con el cuchillo de caza hícele un corte en la frente; luego, empuñando el látigo, le obligué a salirse, zurrándolo sin cesar, de su hermosa piel, que por cierto conservo todavía.

Poco tiempo después me ocurrió una nueva aventura: Habiéndome encontrado en lo más

espeso de cierto bosque con un jabalí macho y otro hembra, que caminaban la una en pos del otro, disparé contra ellos mi escopeta, fallando el tiro. El macho huyó; pero la hembra quedóse inmóvil, como clavada en tierra. Quedé al pronto sorprendido, no acertando a explicarme la causa de aquella inmovilidad. Acercándome, pude ver que el pobre animal era ciego y tenía entre los dientes la punta de la cola de su compañero, que servíala para guiarse; y como la bala fué a dar precisamente entre los dos, destruyó aquella comunicación de que la jabalina conservaba todavía un extremo, pero que, por haberse tornado inerte al separarla el cortante plomo de su propietario, obligó a la pobre hembra a quedarse inmóvil. Cogí, pues, con la mano aquel fragmento de cola, y de tal suerte me fué dado llevar a casa, sin la menor fatiga ni protesta alguna de su parte, al infeliz animal privado de todo recurso.

Si bien la hembra del jabalí se muestra a veces terrible, el macho es por su parte mucho más cruel y peligroso. En cierta ocasión hube de toparme con uno en un bosque, en circuns-

tancias en que, desgraciadamente, no me hallaba pronto ni para la defensiva ni para la ofensiva. En tan apurado trance, como observara que, para rehuir su acometida, me ocultaba detrás de un árbol, el animal, furioso, trató de herirme de costado, y arremetió contra mí con toda su fuerza. Pero en el pecado llevó la penitencia, porque sus colmillos claváronse tan profundamente en el árbol, que no pudo sacarlos en seguida para repetir el ataque.

—¡ Ah !—me dije—. ¡ Ahora eres mío !

Tomando una piedra y haciéndola servir de martillo, clavéle los colmillos tan profundamente en el tronco, que no sólo le fué ya imposible recobrar su libertad, sino que hubo de tener la paciencia de aguardar en tan incómoda postura mi regreso de un país vecino, al que fuí en busca de un carro y cuerdas para llevármelo vivo a casa, empresa que realicé sin más molestias.

\* \* \*

A buen seguro que habréis oído hablar, señores míos, de San Huberto, patrón de los

cazadores, y también del hermoso ciervo encontrado por él en cierta ocasión en los bosques de Ardeñnes, llevando la Santa Cruz entre los cuernos.

No sé si han existido ciervos como el tal hasta hace poco tiempo, ni si hay alguno todavía; me limitaré a contaros lo que mis ojos han visto.

Cierto día, cuando ya había gastado mi provisión de perdigones y balas, me encontré, cuando menos podía esperarlo, frente al ciervo más hermoso de este mundo, que me miró irónicamente, como si hubiese sabido que yo no disponía de municiones. Cargué a toda prisa la escopeta con pólvora, a la que incorporé, luego de despojarlos rápidamente de su pulpa, huesos de cereza; disparé, hiriéndole en mitad del testuz, entre los cuernos. El golpe lo aturdió y le hizo tambalearse; pero pudo escapar. Uno o dos años después, cazando en el mismo bosque, encontré un hermosísimo ciervo que llevaba entre los cuernos un cerezo de diez pies de alto. Recordando entonces mi aventura del disparo con huesos de cereza, y considerando al ciervo

aqueel como cosa que de mucho tiempo atrás me pertenecía legítimamente, lo derribé de un solo tiro, procurándome al propio tiempo la comida y el postre, pues el árbol hallábase atestado de cerezas, que eran las más exquisitas que en mi vida haya podido comer.

\* \* \*

Una noche que pasaba tranquilamente por un bosque de Polonia, donde estuviera cazando todo el día, y habiendo agotado, como en el caso anterior las municiones, víme de pronto detenido en mi camino por un oso enorme que, con los ojos relampagueantes, el hocico adelantado y la boca abierta, parecía dispuesto a tragármeme de un bocado. Detúveme con sobresalto, y busqué en el morral un poco de pólvora y alguna bala olvidada ; pero nada de esto pude encontrar. Hallé en cambio, en el bolsillo del chaleco, dos trozos de pedernal.

—¡ Valor—díjeme entonces—, y presencia de ánimo !

Arrojé uno de los pedazos de pedernal a la

abierta boca del oso, con fuerza tal que clavósele en las vísceras. El animal, aturdido y asustado, púsose a rugir, y yo, escogiendo el momento en que me presentaba la parte posterior, le arrojé violentamente el otro pedazo de pedernal; y con tal acierto lo hice, que el segundo, penetrando como una bala por bajo de la cola de la fiera, atravesó a ésta y fué a chocar con la piedra que ya tenía clavada en la garganta. Y tan fuerte fué el golpe que las piedras se encendieron y el pobre oso, con estruendo indecible, estalló en mil pedazos, como si le hubiese alcanzado una bomba.

\* \* \*

Parece estar escrito en el libro de mis destinos que los animales más feroces y terribles han de acometerme precisamente en el momento en que me es imposible responder a su feroz ataque, cual si el instinto les permitiese adivinar mi impotencia; pero puedo perfectamente afirmar que siempre contaron sin la huésped.

Cierto día, por ejemplo, que acababa de

quitar de la escopeta el eslabón, un oso gigantesco me acometió rugiendo espantosamente. No tuve tiempo más que de encaramarme a un árbol ; pero, por desgracia, al efectuarlo precipitadamente, escapóseme de la vaina el cuchillo de monte, que era el único instrumento de que podía echar mano para apretar el tornillo de la escopeta. El oso, por su parte, había llegado al pie del tronco y con la encendida mirada de sus ojos parecía decirme que no tardaría en subir a hacer de mí picadillo.

Verdad es que, como postrer recurso, quedábame el felizmente empleado para disparar contra los patos salvajes ; pero no quería utilizarle, porque la puñada que me diera en el ojo en aquella ocasión habíame producido una grave oftalmía, de la cual no estaba curado aún. Hubiera, pues, dado cualquier cosa por recuperar mi cuchillo, caído de punta en la nieve ; pero por más que me estrujaba el mágn, no daba con el medio de conseguirlo. Y el riesgo aumentaba, entre tanto : el oso, seguro ya de que tendría la codiciada presa, aullaba de alegría y disponíase a subir al árbol.

Por fin se me ocurrió una idea. Sabéis de

sobra, queridos señores, que el verdadero cazador, como el filósofo, lleva siempre encima todos sus bienes : yo, que tenía en la mochila un verdadero arsenal, tomé de ella un pedacito de calamita, que había colocado allí algunos días antes a fin de realizar determinados experimentos magnéticos. La até a un cordelito y soltando poco a poco éste, hícela entrar en contacto con el mango del cuchillo. Como éste era de hierro y la calamita posee la propiedad de atraer ese metal, entré de tal suerte otra vez en posesión de mi arma, que siguió dócilmente a la cuerda en su recorrido ascendente.

—¡ Ahora, señor oso, podéis subir! —le dije.

Ignoro si la fiera tomó efectivamente mis palabras por una invitación formal ; el caso es que se puso a trepar inmediatamente. Pero antes que llegase donde la presa se encontraba, yo había tenido tiempo de apretar el tornillo de la escopeta, y acogí a mi huésped con tal descarga que hube de quitarle la afición a encaramarse a los árboles. Cayó sobre la nieve lanzando un aullido terrible, retorcióse un

momento, cogido en los espasmos de la muerte y quedó inmóvil como una masa.

\* \* \*

En otra ocasión, una loba terrible me acometió tan de improviso, que no me quedó otro remedio que meterle el puño entre las abiertas fauces. Para mayor seguridad, empujé y empujé hasta introducir todo el brazo en el cuerpo de la fiera. Mas, ¿cómo terminaría la aventura? Porque, si he de ser sincero, no puedo afirmar que tan incómoda posición me gustase mucho. Imaginaos la situación: ¡Mano a mano con una loba enorme! No nos mirábamos por cierto con la mayor benevolencia; si yo hubiese retirado el brazo, el animal habríame atacado todavía más furiosamente, según podía deducirse del relampagueo de sus miradas. En un abrir y cerrar de ojos así sus órganos internos, volvíselos como un guante y la empujé violentamente, dejándola muerta sobre la nieve.

No hubiera realizado el propio experimento con un perro rabioso que pocos días después

se me echó encima en cierta callejuela de San Petersburgo.

—¡Piernas, ayudadme!—díjeme.

Para correr más libremente, arrojé el gabán a aquel demonio, y sin querer saber lo que de él hacía me refugié en casa; pero lo recuperé después por medio de un criado, que lo restituyó al guardarropa con las demás prendas de vestir. Por cierto que al día siguiente me llevé un susto morrocotudo oyendo gritar a mi ayuda de cámara:

—¡Dios mío! ¡Señor barón, vuestro gabán está hidrófobo!

Corrí al guardarropa, pudiendo ver que todas las prendas que en él solían estar perfectamente ordenadas, encontrábanse revueltas sobre el pavimento. El fiel servidor acertó al llamarme la atención sobre el estado del gabán: en el momento de entrar yo en el guardarropa, el maldito sobretodo acometía a un hermoso traje de etiqueta, que despedazó salvajemente en un santiamén.

## CAPITULO IV

### PERROS Y CABALLOS

**E**n todas estas circunstancias, señores míos, aprovechando todo incidente favorable, y gracias a mi valor y mi presencia de ánimo (cualidades que, reunidas, forman, según se sabe, el buen cazador, el marino y el soldado) llevé a buen fin todas mis empresas.

Sería sin embargo un cazador, un almirante o un general asaz descuidado y muy poco ejemplar el que contase en todo momento con su buena suerte, sin tratar de adquirir la necesaria pericia y procurarse las herramientas propias del oficio, de las que también depende el buen resultado de todo empeño. Nadie me podrá acusar a mí de haber dejado de proporcionarme los medios indispensables para el triunfo; en realidad,

yo siempre tuve fama tanto por lo selecto de mis caballos, perros y escopetas, como por mi manera excepcional de saberlos utilizar convenientemente; de tal manera que puedo con razón enorgullecerme de haber hecho bastante por mi gloria en bosques y llanuras.

No quiero eternizarme, al igual de muchos señores que podría citar, en la relación de todas las particularidades de mis perros y mis caballos, ni tampoco en la descripción de mis armas; pero no puedo dejar de mencionar, siempre que la ocasión se presenta, a dos de mis canes, cuyos servicios a tanto llegaron que no los puedo olvidar.

Uno de estos perros, una hembra, por más señas, era tan infatigable, atenta y prudente, que todo el que la veía me envidiaba su posesión. Servíame lo mismo de día que de noche; al obscurecer atábale un farol a la cola, y en tal guisa podía irme de caza con ella, mejor aún que cuando lucía el sol.

Cierto día (hacía poco que habíame casado), manifestó mi esposa deseos de salir de caza. Creo inútil decir que me apresuré a

complacerla. Yo cabalgaba delante, buscando alguna pieza, cuando de improviso el perro se detuvo frente a un grupo de algunos centenares de gallinetas silvestres. Hice el propósito de esperar, para tirarlas, a que llegase mi mujer, que me seguía a cierta distancia con mi ayudante y un criado. Pero transcurría el tiempo, y ni se veía ni aún se oía a nadie. Por fin, después de haber aguardado mucho, y no siéndome posible explicarme aquella tardanza, volví grupas, y hacia la mitad del camino oí un débil lamento que parecióme salía de un punto cercano; pero sin que se viera alma viviente.

Bajé del caballo y apliqué el oído al suelo, notando, sorprendido, que los lamentos salían de las entrañas de la tierra, y reconociendo distintamente las voces de mi esposa y mi criado.

Algún tiempo atrás, había tenido ocasión de ver la boca de una mina de carbón, y no me cupo duda de que mi pobre mujer y su compañero habían caído en aquella sima.

A galope tendido corrí al pueblo inmediato en busca de los mineros, que, después de

laboriosos trabajos, extrajeron a los malaventurados de un pozo de noventa pies de profundidad: primeramente sacaron al criado, luego su caballo, en seguida al ayudante con el suyo y, finalmente, a mi mujer con su montura turca. Lo más extraordinario fué que personas y animales sólo se produjeron, en tan tremenda caída, contusiones insignificantes. Sin embargo, pensar ya en cazar era, como puede suponerse, cosa imposible.

Casi seguro estoy de que los señores han olvidado, interesados por las peripecias de la anterior narración, a mi pobre perra, y se explicarán el que yo mismo dejara de pensar en ella en semejantes circunstancias.

Necesidades del servicio me obligaron a partir al día siguiente muy de mañana, no volviendo hasta dos semanas después. Y hacía algunas horas que estaba en casa, cuando me percaté de la ausencia de «Diana», que así se llamaba mi perra. A nadie había preocupado su desaparición, porque suponíanla en mi compañía.

Después de llamarla repetidas veces en balde, ocurrióseme pensar que quizá estuvie-

se donde viéramos las gallinetas. Corrí, pues, lleno de esperanza y de temor, y, en efecto, allí estaba la perra, y precisamente en el sitio donde la dejara quince días antes.

—¡ Ohé, «Diana» !—exclamé.

Y el animal, consciente de su deber, arremetió contra las gallinetas y en una sola acometida mató veinticinco.

Pero hallábase tan extenuada que a duras penas pudo acercárseme, y para llevarla a casa tuve que tomarla conmigo a caballo, molestia que soporté, según podéis pensaros, señores míos, de la mejor gana. A los pocos días estaba tan buena y ágil como antes, y algunas semanas después me ayudó a descubrir un enigma que sin ella hubiera quedado sin solución.

Llevábamos ya dos días persiguiendo a una liebre; la perra lograba siempre levantarla, más no la podía alcanzar. Creer en brujerías es cosa que no ha entrado nunca en mis costumbres, porque he podido explicarme cosas bastante extraordinarias; sin embargo, en aquella ocasión, la ayuda de mis cinco sentidos no bastaba para explicarme lo que ocu-

rría. Por fin, un día que la tuve a tiro, pude derribar a aquella liebre; pero, ¿sabéis señores, lo que ví entonces? El animal tenía cuatro patas bajo el vientre y otras cuatro sobre los lomos, de manera que cuando se le cansaban los remos superiores se volvía, y utilizando los de encima, como hábil nadador que adelanta primero boca abajo y boca arriba después, podía continuar más rápidamente la carrera.

No he vuelto a ver ninguna otra liebre semejante, ni hubiese cobrado aquella si mi perra no hubiese sido un animal tan perfecto. Superaba en tal medida a los de su raza, que no vacilaría en reputarla única, si no le hubiese disputado el puesto un lebel, asimismo de mi pertenencia.

Este no era tan extraordinario por su estatura como por su maravillosa velocidad. Si le hubieseis visto, señores, le habríais ciertamente admirado, y comprenderíais por qué le quería tanto e iba tan a menudo, «demasiado a menudo», a cazar con él.

He dicho «demasiado a menudo» porque, en fuerza de correr a mi servicio, desgastáron-

sele las patas casi hasta el nivel del vientre, de modo que en sus últimos tiempos era un verdadero pachón, y como tal lo conservé todavía algunos años más.

Cuando todavía era un lebrel (una hembra también, por cierto), dióle por perseguir en cierta ocasión a una liebre que me pareció asaz corpulenta. Me disgustaba que el pobre animal, que estaba encinta, corriese con tanta velocidad que aun yendo a caballo no podía seguirla sino a cierta distancia. De pronto oí numerosos ladridos caninos, como si los profiriese toda una jauría; pero tan quedos, que no se me alcanzaba la causa del prodigio. Momentos después, al acercarme, vi algo que en un principio dejome estupefacto: liebre y perra habían dado a luz durante la carrera, y a mis pies tenía una colección de lebratos y otros tantos perrillos. Instintivamente, habían tratado de escapar los primeros, y por instinto también, no solamente persiguiéronles los segundos, sino que los habían cogido; de modo que vine a ser dueño de seis lebratos y siete perros, mientras que al empezar la partida me acompañaba un perro solamente.

Al recuerdo de estos admirables ejemplares de la raza canina, no puedo menos de añadir el de un caballo lituano que tuve la inmensa fortuna de poseer, y que era en verdad un animal incomparable.

Lo debí a una casualidad, que me dió ocasión de mostrar mi pericia de jinete. Encontrábame en la maravillosa finca que en Letonia posee el conde Przovofsky, y tomando estaba el te en el salón con las señoras, en tanto que los demás caballeros permanecían en el patio examinando un caballo de pura sangre que acababan de sacar de la cuadra. De pronto oímos un grito, y bajando a toda prisa la escalera vimos un animal tan fogoso e indómito que nadie osaba acercársele y mucho menos montarlo; el miedo habíase apoderado de todos, y hasta los mejores jinetes mirábanle asustados e indecisos, cuando de un salto me puse a horcajadas en la grupa del bruto.

Este, desconcertado por la imprevista sorpresa, tornóse de pronto dócil y obediente. Entonces yo, aprovechando mi habilidad en el arte de la equitación, para enseñar el caba-

llo a las señoras y disipar su miedo, obliguéle a entrar por una ventana abierta del salón, al que di varias veces la vuelta al paso, al trote y al galope, terminando por hacerle subir sobre la mesa en que estaba servido el te, donde le obligué a efectuar las evoluciones más elegantes. Las señoras divirtiéronse mucho y el animal fué tan comedido que no rompió ni estropeó nada. Tanto simpaticé, gracias a esta hazaña, con el señor conde y la señora condesa, que con su proverbial gentileza me instaron a que aceptase el caballo y fuese con él en busca de victorias y de gloria a la guerra contra los turcos, que debía dar comienzo a los pocos días, al mando del conde de Munich.

Difícil hubiera sido ciertamente hacerme un obsequio más grato que aquel, de que me prometía mucho en la próxima campaña y que debíame servir para probarme en la carrera de las armas. Un caballo tan dócil y tan fogoso, cordero y bucéfalo a la vez, debía indudablemente recordarme en toda ocasión los deberes del soldado, y al propio tiempo los hechos heroicos del joven Alejandro en sus famosas campañas.



... obligu e a entrar por una ventana...



## CAPITULO V

### AVENTURAS DE GUERRA

**E**l objeto principal de aquella guerra consistía en restablecer el honor de las armas rusas, que se viera un tanto humillado a orillas del Pruth, en tiempos del zar Pedro ; y lo conseguimos tras rudos pero gloriosos combates, y gracias a las dotes militares del general antes citado.

A mí tocóme mandar un cuerpo de húsares, y hube de realizar varias expediciones, cuyo éxito se confió enteramente a mi inteligencia y mi valor. Por tanto, puedo en justicia atribuirme en parte aquellos felices resultados, que algo se deben también a los valientes compañeros que supe conducir a la victoria.

Una vez, por ejemplo, mientras perseguíamos a los turcos hacia Oczakoff, arreciaba la

lucha en la vanguardia. Mi fogoso lituano me arrastró al punto en que más menudeaban los golpes, y encontrábame en una de las primeras avanzadas, cuando vi al enemigo abalanzárase envuelto en tal nube de polvo, que no podía hacerme cargo de su número ni adivinar sus propósitos. Ocultarme a mi vez tras otra nube de polvo habría sido un ardid gastado, y además, aparte de que no me hubiera permitido penetrar las intenciones del enemigo, no habría estado en armonía con los fines para que allí se me enviara.

Di orden a mis soldados de desplegarse en dos alas y de levantar cuanto polvo pudiesen, mientras yo corría en línea recta hacia el enemigo, para verlo de cerca.

La treta me salió bien, pues no se me resistió sino hasta que el miedo a los ataques de mis hombres lo pusieron en precipitada fuga; y cuando llegó el momento de atacarlo con brío, dispersámoslo por completo, infligiéndole una derrota clamorosa; no sólo le obligamos a retirarse a la fortaleza, sino que le arrojamos de ésta, excediéndonos, por consiguiente, a nuestras más halagüeñas esperanzas.

Montado a mi vez sobre el caballo, yo permanecí siempre a la cabeza de la columna; viendo, pues, que el enemigo huía de la posición por la parte opuesta, juzgué oportuno pararme en dicha posición para tocar a replegarse. Detúveme, pues, y... ¡figuraos, señores, mi sorpresa! ¡En torno mío no vi trompeta ni soldado alguno!

—¿Habrán tomado otra dirección?—me dije—. ¿O es que ha sucedido algo?

Pero a mi entender no podían estar muy lejos, y de todos modos tenían el deber de seguirme. Mientras esperaba llevé a mi caballo a beber a una fuente de la plaza. Y en verdad bebió muchísimo, con sed al parecer inextinguible. Encontré esto perfectamente natural, pues habiendo vuelto la cabeza para saber si por fin venían mis soldados, vi... ¡Ahora sí que os vais a maravillar! Toda la parte posterior del pobre bruto, netamente partida por mitad de la espina dorsal, había desaparecido, y, por consiguiente, el agua salía conforme entraba, sin refrescar ni procurar alivio al infeliz caballo.

¿Qué diablos había sucedido? Vanamente

trataba de explicármelo, cuando al fin llegó un húsar por la parte opuesta, y en medio de un torrente de cordiales felicitaciones y enérgicas exclamaciones, me explicó lo que ocurriera :

Al lanzarme yo atropelladamente por enmedio de los enemigos, que corrían para penetrar en la fortaleza, soltaron de repente el rastrillo que defendía la entrada, el cual, cayendo sobre mi caballo, lo partió exactamente por la mitad.

La parte trasera del pobre bruto quedó al principio entre los enemigos, en los que causó grandes estragos ; luego, como no pudiera penetrar en la plaza, dirigióse a un prado inmediato, donde indudablemente estaría aún.

Al oír esto, volví grupa, aunque no la tenía mi caballo, corriendo a la pradera en cuestión al galope de mi media montura, y con gran satisfacción de mi parte hallé, en efecto, la otra mitad, que retorciase en las más alegres evoluciones, pasando alegremente el tiempo con otros animales que por allí pacían.

Persuadido, en vista de esto, de que las dos mitades de mi lituano estaban todavía enteramente vivas, envié a llamar al veterinario que

tenía a mis órdenes, quien, sin pérdida de tiempo, las unió entre sí por medio de tallos de laurel, procedentes de uno que crecía en aquellos parajes.

No solamente se curó la herida del noble bruto, sino que ocurrió lo que no podía menos de suceder tratándose de un animal tan excepcional: los tallos de laurel echaron raíces en su cuerpo, crecieron prontamente y formaron en torno a mi persona una enramada, de manera que pude muchas veces galopar a la sombra de mis laureles... que eran también los de mi caballo.

\* \* \*

Voy a contaros ahora un ligero incidente que se produjo en la campaña de que vengo hablándoos: Había yo acuchillado al enemigo tan enérgica e implacablemente y por espacio de tanto tiempo, que mi brazo hubo de contraer, sin yo percatarme de ello, el hábito de tal movimiento. Como el fenómeno persistiera aun después de acabar con todos los turcos, por temor de acuchillarme a mí mismo, y sobre

todo a mis familiares sin el menor motivo, víme obligado a llevar el brazo en cabestrillo, como si lo hubiese tenido lastimado.

\* \* \*

Al hombre capaz de montar un caballo como mi lituano, puede considerársele apto para llevar a buen fin empresas que en otro parecerían fabulosas.

Manteníamos el sitio de una plaza, cuyo nombre no recuerdo, y era de la mayor importancia para nuestro general saber a ciencia cierta cómo lo pasaban dentro; pero juzgaba imposible entrar en una plaza tan bien defendida. Hubiera sido necesario, efectivamente, abrirse paso a través de las avanzadas, las líneas de tropa y las obras de fortificación. Y no se determinaba a confiar tamaña empresa a ninguno de los muchísimos individuos que tenía a sus órdenes.

Procediendo algo aturdidamente, lo confieso, aunque impulsado por mi desmedida audacia y mi sincero entusiasmo por la causa que defendía, fuí a colocarme junto a uno de los

cañones de mayor calibre, que apuntaba a la plaza, y en menos tiempo del que se necesita para contarlos, en el momento de salir el tiro montéme de un salto en la bala, dispuesto a penetrar en la posición enemiga. Pero, cuando estaba a la mitad del camino, ocurrióseme una reflexión :

—Entrar... bien—me dije—; pero, ¿y salir? ¿Qué sucederá una vez dentro de la plaza?... Se me tomará por espía y se me ahorcará en el árbol más próximo... Y no es ese un fin digno de un Münchhausen.

Hecha tal reflexión, a la que siguieron otras por el estilo, viendo venir una bala que disparada por los de la fortaleza dirigíase a nuestro campamento, salté sobre ella y volví al lado de mis compañeros, sin haber podido realizar mi propósito, indudablemente ; pero, a lo menos, sano y salvo.

\* \* \*

Si yo era diestro en saltar, no lo era menos mi corcel ; ni vallas ni fosos lo detenían y siempre iba recto como una flecha.

Cierto día, una liebre que yo perseguía montado en él cruzó la carretera, y en aquel preciso momento, un carruaje ocupado por dos señoras interpúsose entre la pieza y nosotros. Mi lituano atravesó tan rápidamente el carruaje, que por fortuna llevaba las ventanillas abiertas, que apenas tuve tiempo de quitarme el sombrero y pedir a las señoras me dispensasen la libertad que me tomara.

En otra ocasión quise saltar un pantano, y al encontrarme a la mitad del trayecto me pareció que era demasiado crecido, y cuando no, más de lo que yo creyera. Sin perder tiempo, volví grupa sin acortar el impulso, y fuí a caer en la misma orilla que acababa de abandonar. No queriendo renunciar al salto tomé mayor carrera; mas también esta vez me equivoqué y caí en el lago, en el cual me hundí hasta el cuello. Allí habría perecido indudablemente si, agarrándome por los cabellos, no me hubiese sacado, juntamente con mi corcel, al que estrechaba fuertemente entre las piernas.

## CAPITULO VI

### ¡CAUTIVO!

**A** pesar de mi inteligencia y mi valor, a pesar de la rapidez, destreza y fuerza de mi caballo, no siempre salí victorioso en la guerra contra los turcos; hasta tuve la desgracia de caer prisionero de ellos y, lo que es peor aún, aunque se trate de una costumbre de aquellas gentes, la de ser vendido como esclavo.

Reducido a tal estado de humillación, el trabajo que se me encomendó no era rudo ni difícil, aunque sí molesto y un tanto singular. Tenía que llevar todas las mañanas al campo las abejas del sultán, cuidar allí de ellas todo el día y devolverlas a su colmena al anochecer.

Cierta tarde faltóme una abeja; pero me di cuenta en seguida de que habíanla atacado dos osos, que pretendían sin duda despanzurrarla para sacarle la miel. Como no tuviese a mano otra arma que el hacha de plata que constituye el distintivo de los jardineros y obreros agrícolas del sultán, se la arrojé a los glotones plantígrados para espantarlos. Logré, efectivamente, librar a la pobre abeja de los ataques de sus enemigos; pero el impulso dado al hacha por mi brazo fué tan violento, desgraciadamente, que el argentino emblema de mi jurisdicción elevóse en los aires tan alto, tan alto, que fué a parar nada menos que a la luna.

¿Cómo recuperarla? ¿Dónde hallar una escala con que subir por ella?

Recordé entonces que el guisante de Turquía crece rápidamente, alcanzando una altura extraordinaria, y planté sin más tardanza uno, que se puso a crecer en seguida y fué a enroscar el extremo de su tallo a los propios cuernos de la luna.

Trepé ligeramente por este tallo con dirección al astro, al cual llegué sin contrarie-

dades ni tropiezos. Mas no fué poco el trabajo que me costó encontrar mi hacha de plata en paraje donde todo parecía de plata igualmente. Pero la encontré al fin sobre un montón de paja.

Hube de pensar entonces en el regreso ; mas el calor había marchitado de tal manera el tallo del guisante, que no podía intentar el descenso por él sin exponerme a romperme el bautismo.

¿Qué hacer en apuro tal ?

Me costó mucho tiempo hallar la solución del pavoroso enigma ; pero al fin, como siempre, acerté a encontrarla. Trencé con el tallo de guisante una cuerda bastante larga, que formé anudando todas las que encontré en mis bolsillos, atéla por un extremo a un cuerno de la luna y me deslicé trenza abajo, sosteniéndome con la mano derecha y llevando en la izquierda el hacha. Al llegar al extremo de la cuerda, corté la porción superior y la añadí al extremo inferior, y repitiendo esta operación muchas veces, acabé, transcurrido cierto tiempo, por divisar, a mis pies, los dominios del sultán.

Podría encontrarme a una distancia de dos leguas de la tierra, cuando el cordel se rompió. Y caí tan rudamente al suelo que quedé casi sin sentido; mi cuerpo, cuyo peso había aumentado en razón de la velocidad, hizo en tierra un hoyo de cerca de nueve toesas (\*) de profundidad, en el cual quedé clavado. Al volver completamente en mí, se me presentó otra dificultad: la de salir de aquel foso. Más la necesidad es buena consejera, y con mis uñas, que no me había cortado desde que dejara de ser niño, me labré en la pared unas escaleras, que me permitieron volver felizmente a la luz del día.

Aleccionado por esta experiencia, ideé un medio de defender a las abejas de los ataques de los osos. Y ahora os diré de qué modo traté al primero, y a todos los demás después.

Unté de miel la lanza de una carreta, y al obscurecer púseme en acecho, no lejos del punto donde la colocara. Al cabo de pocas horas llegó un oso enorme, atraído por el

---

(\*) Medida antigua francesa aprox. dos metros.

olor de la miel, y sin andarse con rodeos se puso a lamer y chupar tan ávidamente la lanza por la punta, que acabó por introducirse toda en las fauces, en el estómago y en las entrañas. Cuando le vi totalmente atravesado, acerquéme a él rápidamente, metí una gran clavija en el agujero que horadaba la punta de la lanza, que sobresalía dos pies por la parte posterior del oso, y cortando de esa suerte la retirada al glotón, lo dejé en tal guisa hasta la mañana siguiente. El sultán, que en su paseo cotidiano acertó a pasar por allí, desternillóse de risa al ver la broma que yo le jugara al plantígrado.

Poco tiempo después concertaron los rusos la paz con los turcos, y fuí enviado a San Petersburgo con buen número de prisioneros de guerra. Tomé allí mi licencia, y salí de Rusia en el momento de iniciarse la gran revolución que estalló hace unos cuarenta años y de resultas de la cual el emperador, que era entonces un niño de pecho, con su madre y su padre, el duque de Brunswick, el general Munich y otros muchos prohombres fueron desterrados a Siberia.

Fué tal el frío que hizo aquel año en Europa, que aun al mismo sol le salieron sabañones, cuyas señales conserva todavía en la cara. Me costó, pues, mucho mayores sufrimientos el regresar a mi patria que la ida a Rusia.

Como mi precioso lituano quedárase en Turquía, hué de viajar en posta. Y aconteció que, habiéndonos metido en un camino hondo y limitado por altos setos, advertí al postillón que hiciera una señal con su cuerno, a fin de evitar que otro carruaje se metiera a su vez en aquel callejón por la parte opuesta. Me obedeció el postillón, o mejor dicho, quiso obedecerme, soplando con toda su alma por la boca del cuerno; mas sus esfuerzos resultaron inútiles: no pudo arrancar ni una nota. Esto era, en primer término, incomprendible, y en segundo lugar vino a ser funesto, pues no tardamos mucho en ver venir hacia nosotros un carruaje tan enorme que ocupaba todo el ancho del camino.

Como tenía prisa y no podíamos pasar, salté a tierra y empecé por desenganchar los caballos de nuestro carruaje; luego tomé a

cuestas éste con sus cuatro ruedas y todo el equipaje, saltando con tal carga al campo por encima del seto, que no medía menos de nueve pies, lo cual no es una friolera; y de un segundo salto, volví a poner la silla de postas en el camino, más allá del otro coche.

Acto seguido, tomé un caballo bajo cada brazo y los transporté por el mismo procedimiento adonde estaba la silla. Y momentos después volvíamos a enganchar, prosiguiendo sin más contratiempos nuestro viaje hasta el parador más próximo.

Olvidábaseme deciros que uno de aquellos caballos, joven y fogoso en demasía, púdome causar bastante daño, pues en el momento en que yo salvaba por segunda vez el seto se puso a patalear de tal modo que por un instante pasé grandes apuros; pero pronto hallé la manera de impedir que persistiera en semejante ejercicio, metiéndole las patas traseras en los bolsillos de mi casaca.

Llegado al parador, colgó el postillón su cuerno en un clavo de la chimenea y nosotros nos sentamos a la mesa. Y de repente, el cuerno se puso a tocar solo.

Nos quedamos con la boca abierta, preguntándonos qué era aquello. La explicación del fenómeno era, sin embargo, muy sencilla, y yo, que me di cuenta al punto de lo que pasaba, hube de hacérselo comprender a los presentes: Las notas se habían helado en el cuerno, y desheliéndose poco a poco por efecto del calor, iban saliendo claras y sonoras en loor del postillón y en beneficio nuestro, pues el cuernecito nos dió música por espacio de media hora sin que lo sopláse nadie.

Primeramente nos tocó el himno nacional prusiano y a continuación varias tonadas populares, entre ellas la balada *Todo duerme en los bosques*.

Esta aventura fué la última de mi viaje a Rusia.

## CAPITULO VII

### CAMINO DE AMÉRICA

**E**n 1776 me embarqué en Portsmouth para la América del Norte, habiendo elegido para la expedición un gran navío inglés de primer orden, pues llevaba cien cañones y mil cuatrocientos hombres de tripulación.

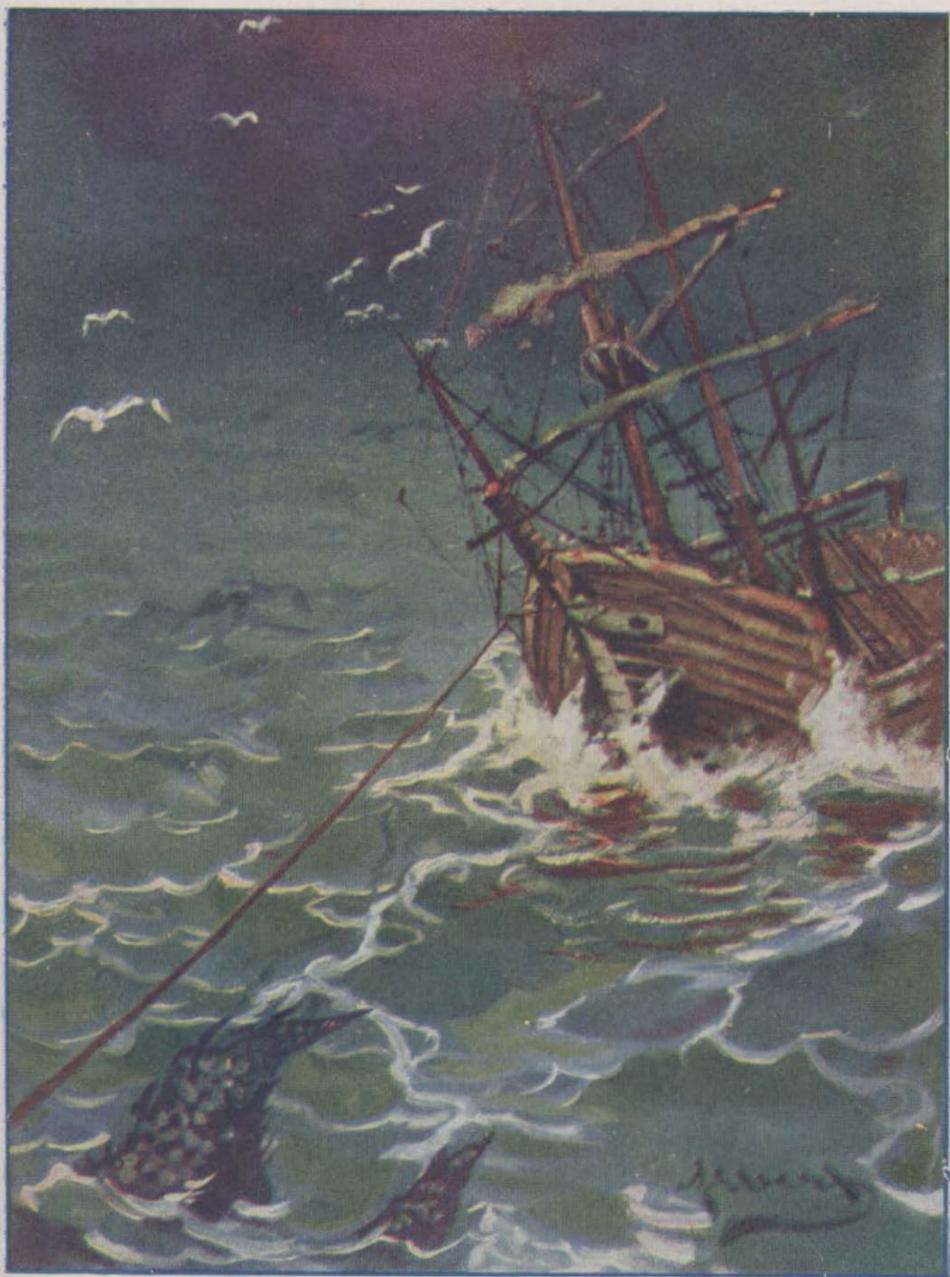
Podría referiros, antes de las que van a seguir, varias aventuras que me acaecieron en Inglaterra; pero las reservo para otra ocasión. Voy, sin embargo, a narraros, a modo de paréntesis, una que tiene tanto de breve como de interesante:

Tuve un día el gusto de ver pasar al rey, que iba con gran pompa al Parlamento en su carroza de gala. Ocupaba el pescante un monstruoso cochero, que llevaba en la barba

artísticamente recortadas las armas de Inglaterra, y con la fusta describía en el aire las más bellas y artísticas letras del mundo, y entre ellas, naturalmente, las que correspondían al nombre del rey.

Volviendo a mi viaje, os diré que en la travesía no nos ocurrió nada extraordinario hasta que nos encontramos a unas trescientas millas del río San Lorenzo.

En tal punto, nuestro buque chocó violentamente con algo que nos pareció una roca. Sin embargo, cuando echamos la sonda para cerciorarnos, no hallamos fondo hasta quinientas toesas de la superficie. Lo que hacía más extraordinario e incomprensible el accidente, fué el hecho de que perdiéramos el timón con la violencia del choque; además el bauprés partióse en dos, los palos rajáronse en toda su longitud y dos de ellos cayeron sobre cubierta; un pobre marinero que estaba en los aparejos ocupado en tomar rizados a la vela mayor, fué lanzado a más de tres millas del buque antes de caer al agua; por suerte suya, durante este trayecto tuvo la serenidad de coger al vuelo la cola de una



remolcándonos a sesenta millas



grulla, lo que no sólo disminuyó la violencia de la caída, sino que además permitióle nadar hasta el barco cogido al cuello del ave. Tan violento, en una palabra, fué el choque, que toda la tripulación, que se encontraba sobre cubierta, fué lanzada sobre el castillo de proa; yo quedé con la cabeza hundida entre los hombros, y transcurrieron muchos meses antes que volviera a su posición natural.

Nos hallábamos todos en un estado de estupor y espanto imposible de describir, cuando la aparición de una enorme ballena que dormitaba sobre la superficie del Océano vino a darnos la clave del enigma. El monstruo había sin duda tomado a mal el que nuestro buque se permitiera tropezar en él, y se puso a dar tremendos coletazos en nuestras costillas, es decir, en las del buque; impulsado luego por la cólera, tomó en la boca el ancla, que estaba, según costumbre, suspendida en la proa y echó a andar con ella, remolcándonos a sesenta millas de allí, a la velocidad de seis por hora. Y sabe Dios adónde hubiéramos ido a parar si no llega a romperse el ca-

ble de nuestra ancla, perdiendo así la ballena nuestro buque y nuestro buque aquella pieza.

Al regresar, varios meses después, a Europa, encontramos, casi a la propia altura, a la ballena misma, que flotaba, ya muerta y tenía como media milla de longitud. No podíamos tomar a bordo más que una pequeña parte del enorme cetáceo ; y, al efecto, echamos al agua los botes, logrando a duras penas cortarle la cabeza. Cúponos entonces la satisfacción de encontrar en ella, no sólo nuestra ancla, sino también cuatro toesas de cable, que habíanse alojado en el hueco de una muela cariada de su mandíbula izquierda.

Fué este el único suceso interesante que se produjo a nuestro regreso... Mas, ¡qué digo ! Olvidaba uno que, por poco, nos cuesta a todos la vida :

Cuando, en nuestro anterior viaje, nos arrastrara la dichosa ballena, púsose nuestro buque a hacer agua en cantidad tan abundante, que todas nuestras bombas no hubieran impedido que se fuese a pique en media hora. Afortunadamente fuí yo quien descubrí la avería, que consistía en un agujero de un pie

de diámetro. Sin perder tiempo intenté taparlo por todos los medios; pero mis esfuerzos resultaron inútiles. Finalmente logré salvar el buque, y con él a su numerosa tripulación, apelando a un recurso asaz ingenioso: sin pensar siquiera en despojarme de los calzones, me senté intrépidamente en el agujero. Con franqueza declaro que, aunque la abertura hubiera sido mayor, habríala cegado de igual modo. No lo extrañaréis si os digo que, por línea paterna y materna, desciendo de familias holandesas, o por lo menos westfalianas, y sabido es que en tales países no pecan las sillas, fundadamente a fe mía, por lo pequeñas.

Mi posición en el improvisado asiento del buque no era muy cómoda, debido a la humedad del sitio; pero muy en breve sacóme de ella la solicitud de uno de los carpinteros de a bordo.

## CAPITULO VIII

### EL NUEVO JONÁS

Cierto día estuve en peligro de perecer en el Mediterráneo.

Bañábame una hermosa tarde de verano a poca distancia de Marsella, cuando vi un enorme pez que se me aproximaba velozmente con la boca, una boca de ocho pies de diámetro, abierta de par en par. No podía salvarme de aquella feroz acometida, pues no tenía medios, ni tiempo siquiera. Sin titubear recogíme cuanto pude, híceme un ovillo doblando mis miembros contra mi cuerpo, doblado también, y en tal forma me deslicé por entre las mandíbulas del monstruo hasta su garganta. Reinaba en aquellos parajes la mayor obscuridad, con un calorcillo que no me desagradaba del todo.

Mi presencia en su gáznate molestaba al gi-

gantesco pez, y estoy por decir que habría renunciado con gusto a tan indigesto manjar. Para serle todavía más incómodo, púseme a patalear, a brincar, a bailar; a ejecutar, en una palabra, toda clase de ejercicios violentos en mi prisión. Entre tanto, el pobre pez revolvíase disgustado. Pero lo que pareció contrariarle más fueron los movimientos que hube de hacer con los pies al intentar bailar una danza escocesa: lanzó un grito lastimero, retorcióse y se enderezó, sacando medio cuerpo del agua y sacudiéndolo frenéticamente. Y aconteció que en este ejercicio sorprendióle un barco italiano, que le arrojó el arpón y acabó con su vida en breves minutos.

Una vez lo tuvieron a bordo, oí a los pescadores concertarse sobre la manera de descuartizarlo para sacar de él la mayor cantidad de aceite; comprendíles perfectamente, porque entendía el italiano, y al comprenderles me alarmé, naturalmente, temiendo ser despedazado con el pez.

Para estar más lejos del filo de sus cuchillos, fuí a situarme en el centro del vientre del cetáceo, donde cabían desañogadamente

hasta una docena de personas. Suponía que los pescadores empezarían su obra por los extremos; pero me equivoqué, aunque no por mi mal, pues principiaron por el vientre. Apenas vi un poco de luz, púseme a decir a gritos que celebraba mucho encontrarme entre valientes marinos y el haber sido por ellos libertado de una prisión en que difícilmente podía respirar.

Imposible seríaame describir el asombro de que se sintieron poseídos al oír brotar de las entrañas del monstruo una voz humana; y su sorpresa fué mayor todavía cuando, abierto el vientre del pez, vieron salir de él a un hombre completamente desnudo.

Referíles mi aventura, tal como os la acabo de contar, dejándolos atónitos con mis explicaciones.

Luego de tomar un bocado, me eché al agua para lavarme, que buena falta me hacía y nadando volví a la playa, donde encontré mi ropa cual la dejé al desnudarme. Si mis cálculos no mienten, estuve encerrado en el cuerpo del pez tres cuartos de hora largos.

## CAPITULO IX

### UN DRAMA EN LOS ESPACIOS INTERPLANETARIOS

**D**urante mi permanencia en tierras turcas, placíame mucho pasearme en lancha por el mar de Mármara, donde se disfruta de una magnífica vista de Constantinopla.

Cierta mañana, mientras contemplaba extasiado la belleza y serenidad de aquel cielo, vi suspendido en el aire un objeto redondo del tamaño de una bola de billar y del cual parecía pender algo, que no podía apreciar lo que pudiera ser.

Dejándome de rodeos tomé la mejor de mis escopetas, sin las cuales no salgo nunca, la cargué y tiré sobre el objeto redondo, que no acerté. Repetí la suerte con doble carga ; pero

no estuve más afortunado. Finalmente, con una tercera carga, en que puse cuatro o cinco proyectiles, logré alcanzar al extraño objeto, que empezó a descender en seguida, aumentando de volumen conforme bajaba.

¡ Imaginaos, señores, mi sorpresa cuando vi caer a pocos pasos de mi lancha una especie de carroza dorada, suspendida de un globo más voluminoso que la mayor cúpula de la capital ! ¡ Y añadid que en aquella carroza había un hombre, que tenía al lado medio carnero, al parecer asado... !

Volviendo, por fin, de mi asombro, formé con mis marineros un corro en derredor del extraño vehículo y su ocupante. Este, que me pareció francés, y que lo era efectivamente, según supe luego, llevaba pendientes de los bolsillos de su jubón gruesas cadenas de reloj con dijes y otros colgantes del mismo metal y con piedras preciosas ; de cada uno de los ojales de su casaca pendía una medalla de oro, de un valor aproximado de cien ducados ; en los dedos brillaban valiosas sortijas guarnecidas de diamantes, y llevaba tan repletos

de oro los enormes bolsillos de su casaca que con dificultad podía tenerse en pie.

Supuse que aquel hombre debía haber prestado grandes servicios a la Humanidad, por cuanto podía presentarse, en medio de la codicia que nos roe, tan cargado de obsequios y de dinero.

A pesar de sus riquezas, estaba el buen señor tan aturdido en los primeros momentos, que no acertaba a pronunciar palabra; por fin, se repuso y refirióme lo que sigue:

—No poseo la inteligencia ni los conocimientos científicos que supone el invento de un aparato como el que aquí veis; pero he sido, ¡eso sí!, el primero que ha tenido la idea y el valor de servirse de él para humillar a los bailarines, acróbatas y titiriteros de toda especie, subiendo a mayor altura que todos ellos.

Hace siete u ocho días (exactamente no podría decir cuántos, porque paréceme haber perdido la razón), me elevé con mi globo desde el pico de Cornualles (Inglaterra), embarcando conmigo un carnero, a fin de lanzarlo desde la altura, para diversión de los espec-

tadores. Desgraciadamente cambió el viento dos minutos después de mi partida, y en vez de llevarme hacia Exeter, donde proponíame descender, fuí impelido hacia el mar, por encima del cual he flotado mucho tiempo a una altura inconcebible.

Suerte ha sido para mí que me olvidase de arrojar el carnero, porque al tercer día el hambre me obligó a sacrificar al pobre animal. Como hacía mucho tiempo que dejara a mis pies la luna, y estaba tan cerca del sol que en un descuido se me chamuscaron las pestañas, puse el carnero, previamente desollado, en el punto de la barquilla en que el astro rey daba con más fuerza, y en menos de tres cuartos de hora quedó completamente asado; de él he vivido hasta hoy.

La causa de mi imprevista elevación se debe a la rotura de una cuerda que comunicaba con una válvula en un punto inaccesible del globo, y destinada a eliminar de éste, en el momento oportuno, los gases inflamables.

Si no llega a ocurrírse nos disparar contra el globo, o mejor dicho, si no lo hubiesen agujereado vuestras balas, quizá me hubiese to-

cado permanecer, como Mahoma, suspendido entre cielo y tierra hasta el día del Juicio Final.

El pobre hombre, que durante su relato había estado examinando los parajes que lo rodeaban, interrogóme acerca del punto en que nos hallábamos, y cuando se lo dije quedó como quien ve visiones, pues imaginábase estar en el opuesto extremo de la tierra.

Regaló generosamente su carroza, que me dijo tenía el nombre de «barquilla», a mi piloto, y arrojó al mar las sobras del carnero. En cuanto al globo, ya estropeado por las balas, mientras conversábamos habíase desinflado y era un montón de trapos, maderas y herrajes, por manera que lo abandonó allí mismo.

## CAPITULO X

### MISIÓN SECRETA

Voy a referiros ahora una aventura singular que acaeció pocos meses antes de mi regreso a Europa.

El sultán de Turquía, a quien fuera presentado por los embajadores de los gobiernos de Rusia, Austria y Francia, envióme al Cairo con una misión secreta de la mayor importancia.

Partí por vía terrestre con gran pompa y numerosísima servidumbre, que durante el viaje aumenté todavía con algunos individuos que podían serme muy útiles. Encontrándome a pocas millas de Constantinopla, reparé en un hombre alto y delgado que corría en línea recta con gran rapidez, no obstante llevar ata-

da a cada pie una masa de plomo que pesaba algo así como cincuenta libras.

Asombrado, lo llamé y le dije :

—¿Adónde vais tan aprisa, y por qué os embarzáis los pies con ese peso?

—Salí—me contestó—hace media hora de Viena, donde estaba al servicio de un gran personaje, que me ha despedido, y voy a Constantinopla en busca de nueva colocación. Pero como ya no he menester mi celeridad, por estar próximo a la meta, modérola mediante ese peso, porque la moderación favorece la duración, según me aseguró un preceptor que tuve en mi niñez.

Gustóme mucho aquel mozo y le pregunté si quería entrar a mi servicio. Sin la menor vacilación aceptó mi oferta, y acto seguido reanudamos la marcha.

Algún tiempo después, cuando ya habíamos pasado por muchas ciudades y recorrido no pocos países, encontramos en un prado a un hombre tendido sobre la hierba en la más absoluta inmovilidad. Hubiérase dicho que estaba dormido ; pero no era así ciertamente, pues tenía los ojos abiertos y el oído pegado

a tierra, como si estuviese escuchando a los habitantes de los más profundos infiernos.

—¿Qué escucháis ahí?—le pregunté.

—Estoy oyendo crecer la hierba, por matar el tiempo—contestóme.

—¿Y la oís efectivamente?

—Sin duda alguna.

—Entrad, pues, a mi servicio. ¿Quién sabe lo que tendremos necesidad de oír?

Levantóse y me siguió.

No lejos de allí, divisé en la cima de un otero a un cazador que, echándose la escopeta a la cara, disparó a lo alto.

—¡Buena suerte, cazador!—le grité—. Pero, ¿a qué diablos tiráis? Yo no veo pieza alguna por encima de vos.

—Estoy probando esta escopeta, que es de nueva invención. Había allá en la veleta de la catedral de Estrasburgo un gorrión, que acabo de derribar.

Los que conozcan mi pasión por la caza, no extrañarán que les diga que di un apretado abrazo al tirador. Propúsele luego que entrara a mi servicio, haciéndole tan brillantes ofertas que por fin aceptó.

Continuamos nuestro camino a través de ciudades y países, y llegamos por fin al monte Líbano, donde encontramos, junto a un espacioso bosque de cedros, a un individuo que tiraba de una cuerda cuya parte opuesta daba vuelta al bosque en cuestión.

—¿Por qué tiráis de esos árboles?—le pregunté.

—He venido en busca de madera de construcción—respondióme—, y como me he dejado el hacha en casa, suplo su falta lo mejor que puedo.

Y hablando así, de un solo tirón arrancó todo el bosque, cuya extensión era de una milla cuadrada, con la misma facilidad que si los cedros hubiesen sido un manojo de hierba.

Ya adivinaréis lo que hice; aunque me hubiese costado el importe total de mis honorarios de embajador, no hubiese dejado de tomar a mi servicio a aquel individuo.

Acababa de llegar a Egipto, cuando se desencadenó un huracán tan violento, que temí ser barrido con mis caballos, criados y equipaje. A la izquierda del camino alzábanse siete molinos de viento, cuyas aspas giraban

tan velozmente como la rueda de la más diestra hilandera, y no lejos de allí encontrábase un hombre de fantástica corpulencia que cerraba con el índice la ventana derecha de su nariz, mientras soplabá con la otra.

Al ver nuestros casi estériles esfuerzos para luchar con la violencia del huracán, volvióse hacia nosotros y se quitó respetuosamente el sombrero a la manera de un mosquetero ante su capitán. El viento cesó como por ensalmo y los siete molinos paráronse a la vez.

Asombrado a la vista de un fenómeno que no me parecía natural, dije a aquel hombre:

—¿Qué significa esto? ¿Tenéis el demonio en el cuerpo, o sois vos el mismo diablo?

—Perdonadme, excelentísimo señor—respondióme—. Hacía un poquitín de viento para mi amo el molinero, y a fin de impedir que las aspas giren con excesiva rapidez me tapaba una ventana de la nariz.

—¡Rayos y truenos!—me dije—. He aquí un precioso auxiliar. Este hombre puede serme utilísimo cuando, de regreso en mi país, me falte aliento para referir mis aventuras de mar y tierra.



... mientras soplaba con la otra



Nos entendimos pronto, y el ínclito soplador dejó los molinos y siguióme también.

Llegamos por fin al Cairo, y desempeñada dignamente mi secreta misión, determiné deshacerme de mi séquito, ya innecesario, conservando tan sólo mis últimas adquisiciones, y regresar con estas últimas, como simple caballero particular.

Como el tiempo era magnífico y el Nilo se mostraba incomparablemente bello, alquilé una embarcación con el propósito de ir en ella hasta Alejandría.

Seguramente que todos, señores míos, habéis oído hablar de las inundaciones anuales del Nilo. Pues bien ; todo salió a pedir de boca hasta mediado el tercer día ; en tal momento, el río se puso a crecer con celeridad extraordinaria, y al día siguiente el campo estaba inundado en muchas millas de extensión. Al quinto día, ya puesto el sol, enredóse nuestra embarcación con algo que yo tomé por un cañaveral ; pero a la mañana siguiente nos vimos rodeados de almendros cargados de fruto perfectamente maduro y sabrosísimo.

La sonda nos indicó sesenta pies de fondo,

y no había manera de avanzar ni retroceder. Las ocho o las nueve serían, juzgando por la altura del sol, cuando sobrevino una ráfaga que volcó nuestra embarcación, la cual, llenándose de agua, se fué al fondo.

Por fortuna ninguno de los que la ocupábamos, que éramos seis hombres y dos niños, pereció en el naufragio; todos nos salvamos agarrándonos a las ramas de los árboles, que eran bastante resistentes para sostenernos, aunque no para soportar el peso de nuestra lancha.

Permanecimos veintitrés días en situación tan angustiosa, viviendo exclusivamente de almendras; por fortuna, teníamos también agua de sobra con que apagar la sed.

Transcurrido el indicado tiempo empezó el agua a decrecer con la misma rapidez con que creciera, y a los veintiséis días del desagradable accidente pudimos tocar tierra con los pies.

El primer objeto que se ofreció a nuestra vista fué la embarcación que allí nos llevara, la cual encontrábase a poca distancia del sitio en que se hundió. Luego de secar al sol nues-

tras ropas, y tomando de la embarcación lo que nos pareció más necesario, nos pusimos en marcha a fin de procurarnos los medios de continuar nuestro viaje.

Por medio de laboriosos cálculos, habíamos llegado a la conclusión de que nos habíamos desviado de nuestra dirección ciento cincuenta millas, que recorriéramos deslizándonos sobre huertos y jardines. Al cabo de siete días llegamos al río, que había vuelto ya a su lecho, y habiendo referido nuestra aventura a un bey, el amable señor proveyó a todas nuestras necesidades, poniendo a nuestra disposición, para continuar el viaje, una de sus muchas lanchas.

Una semana después llegamos a Alejandría, donde nos embarcamos para Constantinopla, en cuya ciudad fuí recibido con los brazos abiertos por el sultán, que, sobre pagarme lo convenido, me colmó de presentes por lo bien que supiera desempeñar mi importante misión.

## CAPITULO XI

### EL TESORO DEL GRAN TURCO

Voy a referiros ahora una de las aventuras más interesantes de mi vida, en la cual tomaron mucha parte los excepcionales criados adquiridos en mi viaje al Cairo.

Desde mi regreso de Egipto, estaba yo en la mayor privanza con el sultán, hasta el extremo de no poder su Sublime Majestad prescindir de mi compañía, por lo cual teníame todos los días convidado a comer y a cenar.

He de confesar, señores, que el Gran Turco es, entre todos los soberanos del Universo, el que se da mejor trato, por lo menos en cuanto a comer se refiere, pues en lo de beber, ya sabéis que Mahoma prohíbe el vino a sus adeptos. Por tanto, no cabe contar, cuando se come en casa de un turco, ni siquiera con una gota del licor divino. Pero, aunque

no se practique en público, no tiene nada de excepcional, en secreto, la costumbre de empujar el codo, pues pese a Mahoma, más de un turco entiende tanto como un burgues alemán en eso de apurar botellas. Y entre este número podía contarse el sultán.

En nuestros banquetes, a los que asistía ordinariamente el Sacerdote mayor de palacio, que recitaba sus oraciones y las gracias respectivamente al principio y fin de la comida, no se veía en la mesa ni sombra de vino; pero cuando salíamos del comedor, ya esperaba al Gran Turco una buena botella del mejor en su gabinete privado.

Un día el sultán se dignó hacerme seña de que le siguiera, y en cuanto estuvimos solos y la puerta cerrada, sacó de un armario el consabido frasco y me dijo:

Münchhausen, sé que vosotros sois muy competentes en vinos. He aquí una botella de tokay, única que poseo; mas abrigo la certidumbre de que en tu vida no saboreaste cosa mejor, ni aun parecida.

Y diciendo esto llenó su vaso y el mío, que apuramos de un trago.

—¿Qué tal, amiguito?—díjome sonriendo—. ¿No es cosa superior?

—Es bueno—le respondí—; pero, con perdón sea dicho de Vuestra Sublime Majestad, he bebido vinos mejores que ese en Viena, a la mesa del augusto emperador Carlos VI. ¡Aquello sí que debiera probarlo Vuestra Majestad!

—Amigo Münchhausen—replicó el Gran Turco—, no trataré de desmentirte; pero me parece imposible encontrar un tokay mejor que éste. Me regaló esta botella un caballero húngaro que se privó de ella con manifiesto pesar.

—No estaba acostumbrado a mucho el tal húngaro, Señor. Por otra parte, no es la generosidad lo que les distingue a todos ellos.

—En eso último tienes razón; pero...

—Y en lo otro también. ¡Vaya! ¿Qué apostamos a que dentro una hora os presento yo una botella de tokay auténtica de la bodega imperial de Viena y que halláis aquel vino muchísimo mejor que éste?

—Páreceme que deliras, Münchhausen.

—Nada de eso. Dentro de una hora os trae-

ré, de la bodega imperial de Viena, una botella de tokay que no rascará el gaznate como ese.

—Münchhausen, amigo mío, sin duda te chancneas, y eso no me gusta. Tévete siempre por hombre serio y veraz ; pero ahora me inclino a creer que me he equivocado.

—No paso por ello, Señor. Aceptad la apuesta y entonces veremos. Si no cumplo lo que prometo, y sabéis que no soy amigo de exageraciones, ordenaréis que me corten la cabeza. Y como mi cabeza, Señor, es algo, decid lo que me daréis si realizo lo que prometo.

—En esas condiciones, queda aceptada la apuesta. Si a las cuatro en punto no está aquí la botella en cuestión, mandaré sin asomo de misericordia que te corten la cabeza, porque no tengo costumbre de dejarme embromar ni aun por mis mejores amigos. Si, por el contrario, cumples tu promesa, podrás tomar de mi imperial tesoro todo el oro, plata, perlas y piedras preciosas que tu criado más robusto pueda llevar encima.

—¡ Convenido !—dije.

Pedí recado de escribir y redacté la siguiente carta para la emperatriz María Teresa :

«Vuestra Majestad es dueña, sin duda, como heredera universal del difunto emperador, de la bodega de Vuestro ilustre Padre. Me tomo la libertad de suplicaros tengáis la bondad de entregar al portador de la presente una botella de aquel tokay de que tantas veces bebí con mi Augusto Soberano. Pero que sea del mejor, pues se trata de una apuesta en que expongo la vida.

»Aprovecho esta ocasión para reiterar a V. M. el profundo respeto con que tengo el honor de ser, etc., etc.

»*Barón de Münchhausen.*»

Como eran ya las tres y cinco minutos, entregué la carta sin cerrarla a mi andarín, el cual libró sus pies de todo peso y salió inmediatamente disparado para Viena.

El Gran Turco y yo seguimos apurando la botella, para aguardar sin impacientarnos la que debía llegar de Austria.

Sonaron las tres y cuarto, las tres y media, las tres y tres cuartos... ¡Y el andarín sin dar señales de vida!

Confieso que empezaba ya a inquietarme,

tanto más cuanto que el sultán echaba de vez en vez una ojeada al cordón de la campanilla para llamar al verdugo.

Tan mal llegué a sentirme, que pedí permiso al Gran Turco para bajar al jardín a airearme un poco ; pero siguiéronme dos criados que no me perdían de vista.

Consulté el reloj, que marcaba las tres y cincuenta y cinco minutos. Presa de mortal angustia mandé llamar a mi escucha y mi tirador, los cuales presentáronse al punto.

Siguiendo mis órdenes, el escucha tendióse en tierra y aplicó el oído para poder decirme si venía o no mi andarín ; y con el despecho consiguiente me enteré de que el pillastre estaba muy lejos de allí, durmiendo a pierna suelta y roncando desaforadamente.

Al oír esto, corrió mi tirador a una elevada terraza, y poniéndose de puntillas para ver mejor exclamó :

—¡ Mil bombas ! El perezoso duerme al pie de una encina, cerca de Belgrado, con la botella a su lado en el suelo. Le voy a hacer unas cuantas cosquillas para que se despierte.

Y echándose la escopeta a la cara, envió la carga al follaje del árbol.

Una granizada de bellotas, hojas y ramos cayó sobre el perezoso durmiente, que despertándose al punto y temiendo haber dormido demasiado, reanudó su carrera con tal celeridad, que llegó al gabinete del Gran Turco con la botella de tokay y una carta autógrafa de María Teresa para este servidor vuestro, a las tres y cincuenta y nueve y medio minutos.

Tomando ansiosamente la botella, el sultán probó su contenido, saboreándolo con delectación.

—Münchhausen—me dijo—, supongo no llevarás a mal que me quede para mí solo esta botella. Tú tienes en Viena más crédito que yo y puedes fácilmente obtener otra cuando se te antoje.

Dicho esto encerró la botella en su armario, se guardó la llave en el bolsillo y llamó a su tesorero.

¡Cuán gratamente sonó esta llamada en mi oído!

—Ahora—agregó—, tócame a mí pagar la

deuda contraída, ya que perdí la apuesta. Oye—dijo a su tesorero, que se presentó en aquel punto—, dejarás a mi amigo Münchhausen tomar de mi real tesoro todo el oro, perlas y piedras preciosas que pueda un hombre llevar encima.

El tesorero se inclinó profundamente ante su amo, dándole a entender que acataría su orden, y el sultán me estrechó cordialmente la mano, después de lo cual despidiéonos a los dos.

No tardé mucho, como supondréis, en hacer ejecutar las instrucciones que el Gran Turco diera en mi favor. Al efecto, envié a llamar al arrancador de bosques, que acudió inmediatamente provisto de su cuerda de cáñamo, y los dos nos presentamos en la imperial tesorería.

Sin faltar a la verdad puedo aseguraros que cuando salí de la habitación en la que guardaba el Gran Turco sus inmensas riquezas, no quedaba allí cosa que mereciese la pena de agacharse a recogerla.

Sin perder un instante corrí con mi botín al puerto, donde fleté el barco de más porte

que acababa de llegar, y haciendo depositar en el camarote que para mí eligiera el que hasta entonces había sido tesoro del Gran Turco y entonces éralo ya mío, reuní en un santiamén mi servidumbre e hice zarpar, a fin de poner a buen recaudo aquellas riquezas antes que surgiera algún contratiempo que me impidiese realizarlo.

No fué infundada mi precipitación, pues lo que barruntara ocurrió efectivamente.

Viendo el tesorero el despojo realizado por el amigo de su señor, sin cerrar siquiera la puerta de la cámara del tesoro, en la que, lo repito, poco o nada había ya que guardar, fué precipitadamente a dar cuenta a su Sublime Majestad de mi abusivo comportamiento.

El sultán lanzó una exclamación de estupor y otra de furia, sin tratar siquiera de disimular que se arrepentía de su ligereza.

Con el fin de corregirla y para recuperar lo perdido, mandó al almirante de su armada que corriese en pos mío con toda la escuadra que tenía a sus órdenes, dándole la de hacerme comprender que no debía entenderse

la apuesta en la forma que yo la interpretara.

Todavía no me había yo alejado de la costa más de un par de millas, cuando ví a la escuadra turca salir en mi persecución con todas las velas desplegadas. Nuevamente temí por mi cabeza. Pero contaba sin mi soplador de molinos.

—No os apuréis por tan poca cosa, señor—  
díjome solícito.

Acto seguido colocóse en la popa del barco de manera que una ventana de su nariz dirigiase a la escuadra turca y otra a nuestras velas. En seguida se puso a soplar con fuerza tal, que arrojó la escuadra al puerto con grandes averías, al paso que mi barco llegó en pocas horas a las costas de Italia.

Por lo demás, no me duró mucho mi tesoro. Es tanta la miseria en Italia y yo de sentimientos tan generosos, que distribuí la mayor parte de mis riquezas entre los menesterosos. Y lo que me quedara robómelo una cuadrilla de bandoleros, tan abundantes en aquel bendito país como los mendigos.

## CAPITULO XII

### BAJO EL PABELLÓN INGLÉS

**D**urante el último sitio de Gibraltar, me embarqué en uno de los buques de una escuadra mandada por lord Rodney, y destinada a abastecer dicha plaza.

Conducíame a ésta el propósito de abrazar a mi antiguo amigo el general Elliot, que en la defensa de la misma conquistó laureles que nunca marchitará el tiempo.

Pasadas las primeras expansiones de la amistad, recorrí la fortaleza en compañía del general, a fin de hacerme cargo del estado de la guarnición y de las disposiciones del sitiador. Por medio de un magnífico anteojo adquirido en Londres, en casa de Dolland, y que tuviera la precaución de llevar encima,

descubrí que el enemigo apuntaba al bastión donde nos encontrábamos una pieza de a 36. Se lo dije al general, que mirando a su vez con el anteojo, pudo ver que no me había engañado.

Con permiso de mi amigo, híceme traer una pieza de a 48 de la inmediata batería, y la apunté con tal exactitud que tenía la certeza de dar en el blanco, pues en lo que atañe a artillería, modestia a un lado, puedo envanecerme de no haber encontrado aún quien pueda ponérseme delante.

Observé entonces con atención los movimientos de los artilleros enemigos, y en el momento en que disponíanse a aplicar la mecha a su pieza, di orden a los nuestros de hacer fuego.

La bala enemiga fué alcanzada por la nuestra a la mitad del camino, dándola tan violento golpe, que se produjo el más maravilloso efecto: aquella bala enemiga volvió atrás tan velozmente, que no sólo se llevó la cabeza del artillero que la disparara, sino también las de dieciséis soldados más, que intentaran detenerla en su marcha hacia la es-

ta africana. Por cierto que, antes de llegar al país de Berbería, atravesó los palos mayores de tres naves ancladas en línea; luego se internó doscientas millas inglesas en Africa, derribó la techumbre de una cabaña de campesinos, y después de arrancar a una vieja que allí dormía el único diente que le quedaba, clavósele en la garganta a la pobre y anciana mujer. El marido, que entró a poco, avisado por alguien, intentó extraer a su esposa el proyectil; y no pudiendo conseguirlo, tuvo la feliz idea de hundírsele a mazazos en el estómago, donde lo conservó hasta el fin de sus días.

Y no fué éste el único servicio que nos prestó la bala que yo hiciera disparar; no sólo rechazó, en la forma descrita, la del enemigo, sino que, continuando impertérrita su camino, arrancó de su cureña la pieza apuntada contra nosotros, arrojándola tan violentamente contra el casco de un buque, que éste principió a hacer agua en seguida y no tardó en irse al fondo con mil marinos y otros tantos soldados que en él se encontraban.

Fué éste, sin duda alguna, un hecho extra-

ordinario ; más no quiero atribuirme exclusivamente su gloria. Ciertamente me cabe el honor de la idea primordial ; pero me secundó la casualidad en cierta y no escasa medida ; después de hecho el disparo, hube de enterarme de que el cañón había recibido doble carga de pólvora, lo que explica el maravilloso efecto producido por nuestra bala en la del enemigo y el alcance extraordinario de aquélla.

El general Elliot, queriendo recompensarme por tan excepcional servicio, me ofreció un puesto de oficial ; pero no quise aceptarlo, contentándome con los cumplidos que en mi loor pronunció aquella noche, con toda solemnidad, en presencia de los oficiales que componían su estado mayor.

Me gustan mucho los ingleses, porque son excelentes sujetos ; así que hice el propósito de no abandonar aquella plaza sin haber prestado otro servicio de monta a sus defensores.

Tres semanas después se me presentó ocasión de realizar mi deseo.

Con tal propósito, vestíme de religioso y saliendo de la fortaleza a eso de la una de

la madrugada, logré penetrar en el campo enemigo atravesando las líneas de sus tropas ; luego penetré en la tienda en que el conde de Artois había reunido a los jefes de cuerpo y numerosos oficiales para comunicarles el plan de ataque de la fortaleza, a la cual proponíase dar el asalto al día siguiente. Gracias a mi disfraz nadie tuvo el menor recelo, y así pude oír tranquilamente cuanto se proyectaba.

Después del consejo fuéronse todos a descansar, y al cabo de poco tiempo, jefes, soldados, y hasta los mismos centinelas, dormían profundamente.

Sin perder un minuto desmonté todos los cañones, que eran más de trescientos, de 12 a 24 milímetros, y arrancándolos de las cureñas los fuí arrojando al mar y a distancia de tres millas por lo menos.

Como no tenía nadie que me ayudara, puedo asegurar que ni después ni antes he realizado en mi vida un trabajo tan penoso.

Cuando todas las piezas estuvieron en el agua, reuní todas las cureñas, carros y demás enseres de artillería en medio del campamento, llevando bonitamente bajo el brazo, de dos

en dos y uno a cada lado, los vehículos destinados al arrastre de los cañones, impidiendo de tal modo que las ruedas hiciesen ruido. El montón que formó todo el material alcanzó una altura no inferior a la del peñón.

Tomé un pedazo de hierro procedente de una pieza de a 48, y sin gran trabajo obtuve fuego utilizándola como eslabón con una piedra especial, resto de una antigua construcción arabesca enterrada a veinte pies, poco más o menos, de profundidad. Encendí una mecha y prendí con ella al montón, sobre el cual había puesto, me había olvidado de decirlo, todas las municiones de guerra. Y como tuve buen cuidado de colocar debajo las materias más combustibles, las llamas ascendieron con rapidez.

Para evitar toda sospecha, yo mismo di la alarma.

Como supondréis, todo el campamento enemigo fué interrogado, llegándose a la conclusión de que el ejército sitiado había efectuado una salida y, degollando a los centinelas, pudo destruir con toda facilidad la artillería y material de guerra. Drinckwater, en su *Historia*

*del sitio de Gibraltar*, habla de una enorme pérdida sufrida por el enemigo a consecuencia de un incendio; mas no se supo a qué atribuir éste. Ni podía saberse, porque, aunque yo salvara a Gibraltar aquella noche, no se lo conté a nadie, ni siquiera a mi amigo, el general Elliot.

El conde de Artois, sobrecogido de espanto, huyó con todo su ejército, llegando a París al cabo de quince días de marcha incessante. Además, el terror que les produjera el formidable incendio fué tal, que no pudieron comer ni beber en seis meses, viviendo solamente de aire, a la manera de los camaleones.

Cerca de dos meses después de haber prestado tan relevante servicio a los sitiados, hallábame yo almorzando con el general Elliot y su estado mayor, cuando de repente penetró una bomba en la estancia, viniendo a caer sobre la mesa. Recordé entonces que no tuve tiempo de enviar los morteros enemigos donde envié sus cañones.

El general y sus oficiales hicieron lo que cualquiera hubiese hecho en semejante caso,

que fué abandonar inmediatamente el comedor, y aun el edificio.

Yo cogí la bomba antes que estallara y con ella en la mano fuíme a la cima del peñón. Desde allí, descubrí en mitad de la costa una gran reunión de gente, que a simple vista no podía saberse lo que hacían. Tomé mi antejo, y pude ver que el enemigo disponíase a ahorcar, considerándolos espías, a un general y un coronel de nuestro ejército que habíanse introducido en el campamento de los adversarios con el propósito de hacer algo excepcional en beneficio de su país.

Era demasiado larga la distancia para que fuese posible lanzar la bomba a mano. Pero hube de recordar, afortunadamente, que tenía en el bolsillo la honda que con tan excelentes resultados empleara el pastor Igor contra el gigante Ahmar, y poniendo en ella la bomba, previo el consiguiente volteo, la proyecté en mitad del gentío de la costa. Al caer en tierra estalló el proyectil, que mató a todos los circunstantes, excepto a los dos jefes ingleses, que, por suerte suya, estaban ya colgados. Dos cascos de la bomba dieron

en cambio al pie de las horcas, derribándolas.

Al verse de nuevo en tierra firme, nuestros dos amigos trataron de explicarse el singular acontecimiento; y viendo que los verdugos, soldados y curiosos habían tenido la feliz idea de morir antes que ellos, se desembarazaron de las cuerdas que oprimían su cuello, saltaron a una lancha de la cual no cuidaba nadie y se reintegraron a uno de nuestros buques de guerra.

Pocos minutos después, cuando me disponía yo a contar al general Elliot lo sucedido, llegaron ellos con la mayor oportunidad, y previo un cordialísimo cambio de explicaciones y cumplidos, celebramos alegremente la memorable jornada.

## CAPITULO XIII

### LA HONDA MARAVILLOSA

**T**odos, lo adivino en vuestras miradas, señores míos, deseáis saber a qué es debido que poseyera yo un tesoro tan precioso como la honda de Igor.

Pues bien ; voy a satisfacer vuestra curiosidad, perfectamente excusable :

Yo desciendo, como no ignoráis, de la mujer Amnesis, la cual tuvo gran amistad, según sabéis asimismo, con el rey Igor. Andando el tiempo, sucedió lo que sucede con frecuencia : su majestad se enfrió con la condesa (pues ella recibió este título tres días después de la muerte de su esposo). En estas condiciones, cierto día trabáronse de palabras sobre una cuestión baladí, y como el vencedor de 'Ahmar

tenía la debilidad, común a la mayoría de los grandes hombres, y de las nulidades también, de no sufrir contradicciones, y ella el defecto propio de su sexo de querer tener razón en todo, rompieron definitiva y completamente.

Había ella oído hablar con frecuencia de la honda famosa, y creyó conveniente llevársela consigo, a fin de poseer un recuerdo de aquellas relaciones. Pero, antes de que mi tatarabuela tuviese tiempo de pasar la frontera, echóse de menos la honda, y seguro Igor de que se la había llevado ella, envió en su seguimiento a seis hombres de la guardia real, con el encargo de detenerla.

Viéndose perseguida la condesa se sirvió tan bien de la honda, que no tardó en derribar de una pedrada a uno de aquellos soldados, que, por exceso de celo, se adelantó a los demás, precisamente en el mismo lugar en que 'Ahmar fué muerto por Igor.

Como vieran los guardias de éste caer difunto a su camarada, procedieron a deliberar, y resolvieron, con ejemplar prudencia, que lo mejor de todo era volver atrás para poner en conocimiento del rey lo sucedido. Y la con-

desa, por su parte, juzgó oportuno, a su vez, continuar su viaje hacia el Egipto lejano, en cuya corte contaba con numerosos amigos. No terminaré este relato sin decir que, de los muchos hijos que tuviera, llevóse únicamente al destierro a su predilecto. Este tuvo, pues, varios hermanos; pero la condesa, por una disposición especial de su testamento, quiso que la honda fuese a parar precisamente a él; y de él ha venido a mí en línea recta.

Mi padre, que fué quien la puso en mis manos, poco antes de mi primer viaje a Inglaterra, me refirió un día la siguiente historia, cuya veracidad no pondrá en duda ninguna de las personas que conocieran al digno anciano:

«En uno de mis viajes a Inglaterra, paseándome en cierta ocasión a orillas del mar, no lejos de Harwich, me vi de pronto atacado por un caballo marino. No llevaba para defenderme más armas que mi honda, con la cual le envié dos piedras, tan hábilmente dirigidas por cierto, que le vacié ambos ojos. Salté sobre él entonces, y espoleándole lo guié hacia el mar, pues al perder los ojos había perdido igualmente su ferocidad y se dejaba guiar co-

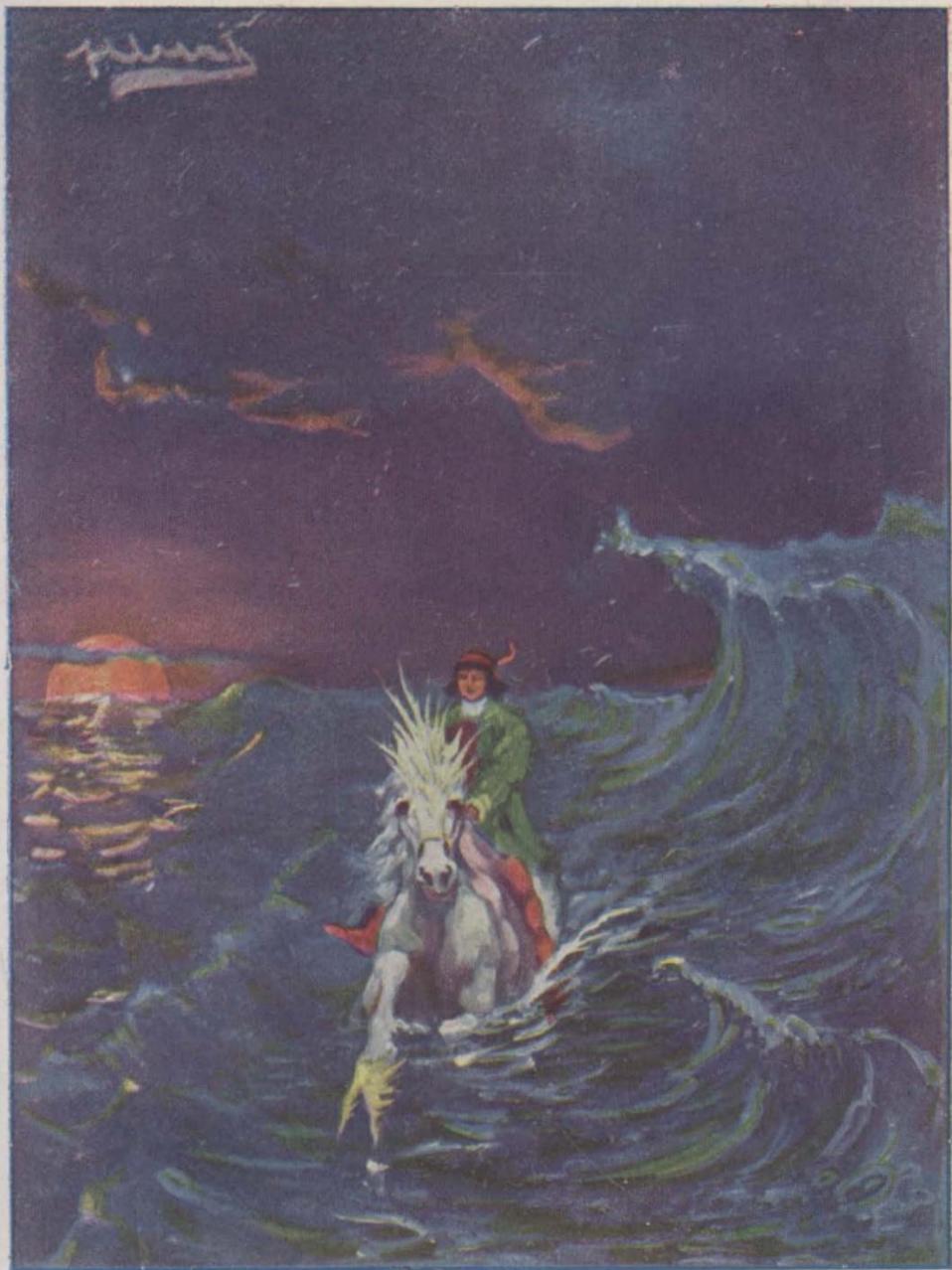
mo un borriquillo. Púsele la honda a manera de bridas y lo lancé al galope a través del océano.

»En tres horas escasas llegamos a la otra orilla, habiendo recorrido en tan breve espacio de tiempo la friolera de treinta millas largas.

»Al llegar a Helvoetzluys vendí mi montura, por setecientos ducados, al dueño de la hostería «Las Tres Copas», que exhibiéndolo como un animal raro, realizó un excelente negocio.

»Pero, por singular que fuera aquel modo de viajar, añadió mi padre, las observaciones y descubrimientos que me permitió efectuar resultaron todavía más extraordinarios.

»El tal caballo no nadaba, sino que corría con asombrosa rapidez por el fondo del mar, espantando a millones de peces, distintos en un todo de los que solemos ver. Unos tenían la cabeza en medio del cuerpo ; otros, al extremo de la cola ; éstos hallábanse ordenados en círculo y cantaban coros de belleza indescriptible, mientras que los de más allá construían con la misma agua edificios transparentes, rodeados de columnas colosales en que ondulaba



... y lo lanzó al galope a través...



una materia flúida y multicolor, semejante a fuego líquido.

»Muchos aposentos de tales edificios ofrecían todas las comodidades imaginables, por estar destinados a los peces de distinción; algunas habitaciones hallábanse habilitadas como lugares de recreo, y muchas otras servían de escuelas para la educación de los peces jóvenes.

»El método de enseñanza, según pude colegir únicamente de lo que viera, pues las palabras eran para mí tan ininteligibles como el canto de los pájaros o de los grillos, presenta a mi parecer tantas relaciones con el que se sigue en los establecimientos filantrópicos, que me atrevo a suponer que alguno de esos teóricos ha realizado un viaje semejante al mío y pescado sus ideas en el fondo del mar antes que en el ambiente de las poblaciones. Pero vuelvo a mi narración.

»Entre otras peripecias del viaje, me ocurrió pasar por una inmensa cadena de montañas tan elevadas como los Alpes, por lo menos; una multitud de gigantescos árboles de diferentes clases agarrábanse a los flancos de

las rocas ; a estos árboles subían cabrajos, cangrejos, ostras, almejas, caracoles y otros mariscos, tan monstruosos en su mayoría, que uno solo habría bastado para la carga de un carro y el más pequeño hubiera podido aplastar a un faquín. Todos los ejemplares de las mencionadas especies, y de otras mil omitidas, que muéstranse en nuestras costas y sirven como objeto de comercio en los mercados, no son sino miseria que el agua arranca de las ramas de aquellos árboles, como el viento hace caer de los frutales el fruto menudo. Los árboles de cabrajos, o «cabrajeros», parecíéronme los mejor provistos y los de cangrejos y ostras los más corpulentos ; en cuanto a los caracoles (caracoles de mar, por supuesto), subían a unos matorrales que se hallaban casi siempre al pie de los «cangrejeros», o árboles de cangrejos, envolviéndolos como la yedra envuelve a la encina.

»Pude observar también el singular fenómeno producido por un buque náufrago. En mi concepto, aquel buque había chocado con una roca cuya punta encontrábase apenas a tres brazas de la superficie del agua, y yéndose al

fondo habíase acostado sobre un árbol de cabrajos; al caer arrancó, sin duda, algunos frutos, que fueron a detenerse en un árbol de ostras que había más abajo; y como esto debió acaecer en primavera y los cabrajos eran jóvenes, unieronse a las ostras, de lo cual vinc a resultar un fruto que participaba de las dos especies. Por la rareza del hecho hubiera yo querido llevarme un ejemplar; pero su peso habría dificultado mucho mi marcha; por otra parte, mi Pegaso no quería detenerse y, además, habiendo andado ya la mitad del camino, y hallándome además a quinientas leguas de profundidad, empezaba a sentir la falta de aire.

»Otros motivos contribuían a hacer desagradable mi situación. Efectivamente, encontraba de vez en cuando peces que, a juzgar por el ímpetu con que abrían la boca, no parecían tener otro propósito que tragarnos a mí y al caballo; mi pobre rocinante estaba ciego, y únicamente gracias a mi prudencia pude burlar las hostiles intenciones de aquellos hambrientos individuos. Continué, pues, galopan-

do cada vez más aprisa, a fin de tocar tierra cuanto antes.

»Al llegar, por fin, a las costas holandesas, y cuando sólo tenía unos veinte pies de agua encima, divisé, tendida en la arena, una forma humana, que por su traje juzgué era una mujer. Parecióme que aun daba algunas señales de vida, y habiéndome aproximado, la vi en efecto mover una mano. Cogí esta mano y saqué a la orilla aquel cuerpo, en apariencia exánime.

»Aun cuando el arte de resucitar muertos estuviera en aquella época menos adelantado que en la nuestra, los esfuerzos y remedios de un boticario de lugar reanimaron el hálito de vida que en aquella mujer quedaba.

»Era la adorada costilla de un hombre que mandaba un barco que saliera del puerto de Helvoetzluys poco tiempo antes. Desgraciadamente, con la precipitación de la partida embarcó a otra mujer en lugar de la propia; ésta se lanzó en busca de su esposo, a bordo de una mísera lancha y, naturalmente, a poco de salir del puerto se fué al fondo. En tan crítico instante fué cuando mi buena estrella hizo que

me la encontrara y me proporcionó el placer de salvar a un semejante.»

Aquí solía terminar la narración del autor de mis días, narración que ha venido a recordarme la famosa honda de que os he hablado, y que después de haber sido conservada tanto tiempo en mi familia, habiendo prestado a ésta los más impagables servicios, se deterioró bastante entre los dientes del caballo de mar. Sin embargo, todavía pudo servirme, según os he contado, para lanzar la bomba que salvara de la horca a los dos jefes ingleses; pero esta fué su última hazaña, pues gran parte se escapó con la misma bomba, y el pedazo que me quedó en la mano consérvase, y podéis verlo, en los archivos de la familia, al lado de buen número de gloriosos trofeos.

\* \* \*

Poco tiempo después de librar a los defensores del peñón de Gibraltar de un desastre seguro, despedíme de mi amigo y volví a Inglaterra, donde me acaeció algo que vale la pena de seros referido.

Había ido a Wapping para vigilar el embarque de varios objetos que enviaba a algunos de mis amigos de Hamburgo, y, terminada la operación, emprendí el viaje de regreso pasando por Tower Wharf.

Era mediodía y sentíame muy fatigado, así que no os debe extrañar que, para substraerme al calor del sol, que achicharraba literalmente, se me ocurriera meterme en uno de los cañones de la costa, con el fin de tomar algún reposo. Y, en efecto, apenas acostado, me dormí.

Ahora bien ; ocurría esto precisamente el día del cumpleaños del rey Jorge III, y a la una en punto todos los cañones debían hacer salvas para solemnizar la fiesta real. Habíanlos cargado por la mañana y como nadie podía sospechar mi presencia en uno de ellos, fuí lanzado por encima de las casas al otro lado del río, yendo a parar al corral de una alquería, entre Bermondsey y Deptford ; pero, como caí sobre un enorme montón de paja, seguí durmiendo como si tal cosa, lo que se explica por el aturdimiento del singular viaje.

Tres meses después subió tanto el precio

de la paja, que el propietario de la alquería creyó conveniente vender su provisión.

El montón en que yo me encontraba era el mayor de todos y fué el primero que se cargó. El ruido que hicieron los criados al arrimar sus escaleras para subir a la cima, me despertó por fin ; y a medio despabilar todavía y sin saber dónde estaba, quise huir a escape, yendo precisamente a caer sobre el mismo propietario.

No me produjo esta caída el más leve rasguño ; pero el infeliz agricultor no pudo decir lo propio, pues quedó muerto en el acto, por haberle roto la espina dorsal el peso de mi cuerpo.

Afligióme el percance ; pero me consolé muy luego al saber que el tal agricultor era un infame especulador, que acumulaba frutos y cereales en su granero, teniéndolos ocultos hasta que la escasez le permitía venderlos con exagerado lucro ; por manera que su extraña muerte no fué más que el justo castigo de sus crímenes y un positivo provecho para los demás.

Pasando a otro orden de ideas, no creo ne-

cesario perder el tiempo intentando pintaros mi asombro cuando, al rehacerme enteramente, procuré enlazar mis ideas del momento con las que me ocupaban al dormirme tres meses antes. Tampoco podría describiros la estupefacción de mis amigos de Londres al verme reaparecer, después de las infructuosas pesquisas que para encontrarme realizaran.

Pero dejemos esto ahora y echemos un trago, que después os contaré algunas aventuras más, tan interesantes, por lo menos, como las que he tenido la honra de narraros.



## CAPITULO XIV

# ENTRE OSOS

**S**in duda habréis oído hablar del último viaje de exploración del capitán Phipps, actualmente lord Mulgrave. Pues bien ; yo acompañaba al capitán, aunque no como oficial, sino como amigo.

Llegado que hubimos a un alto grado de latitud Norte, tomé mi anteojo (del cual os hablé al referiros mi aventura de Gibraltar), porque, dicho sea de paso, creo que siempre es conveniente, sobre todo cuando se viaja, mirar de vez en cuando a ver lo que pasa en derredor.

A cosa de media milla por delante de nosotros, flotaba un inmenso témpano de hielo, más alto que nuestro palo mayor, y sobre el

cual vi dos osos blancos, que, a lo que pude colegir, estaban zurrándose la badana.

Tomando la escopeta me aventuré sobre el témpano ; más, cuando me acercaba a la cima, eché de ver que la expedición no era tan fácil como en un principio creyera, pues la subida se hizo por demás fatigosa y peligrosísima : a cada paso tenía que saltar por encima de espantosos precipicios, y en otros parajes el hielo estaba tan lustroso y escurridizo como un espejo, donde mis movimientos reducíanse a un continuo caer y levantarme. Por fin di alcance a los osos ; pero hube de ver que, en lugar de estar peleándose, como yo supusiera, hallábanse retozando como buenos amigos.

Me eché la escopeta a la cara, previo haber calculado que sus pieles tenían un valor no despreciable, pues el más pequeño era mayor que un buey bien cebado ; pero, al afianzarme para disparar, se me fué un pie y caí de espalda, perdiendo el conocimiento a causa de la violencia del batacazo.

Podéis imaginaros el espanto que se apoderaría de mí cuando, al volver de mi desmayo, observé que uno de los dos monstruos había-



... y tenía ya entre sus dientes...



me vuelto boca abajo y tenía ya entre sus dientes la pretina de mis calzones. Dios sabe adónde habríame llevado la terrible fiera, si yo, sacando mi cuchillo, no le hubiese cortado tres dedos de la pata derecha. Soltóme entonces y se puso a aullar espantosamente, echando a correr. Pero yo recuperé mi escopeta y le tendí sobre el hielo de un balazo.

Mas, si bien acallé para siempre la furia del sanguinario monstruo, es lo cierto también que sus rugidos y mi disparo despertaron a algunos miles de compañeros del tal, que dormían en un radio de media milla y que, levantándose, pusieron a correr contra mí apresuradamente.

Comprendí que se imponía aprovechar el tiempo, pues mi muerte era segura e inmediata si no se me ocurría un recurso de fácil y rápida ejecución. Afortunadamente, encontré en mi caletre tal recurso. En la mitad del tiempo que necesita un hábil cazador para desollar una liebre, despojé de su piel al oso muerto y me envolví en ella, metiendo mi cabeza debajo de la del plantígrado.

Apenas había terminado esta operación,

cuando los osos empezaron a llegar y a rodearme.

He de confesar que sentía bajo mi funda terribles alternativas de frío y calor. Sin embargo, el ardid me salió bien: todos los osos vinieron, unos tras otros, a olfatearme, y al parecer consideráronme uno de tantos. Y, en verdad, no me faltaba más que la corpulencia para ser igual a ellos; aunque también había muchos osos jóvenes, cuyo volumen no se diferenciaba gran cosa del mío.

Luego de olfatearme y de olfatear el cuerpo del hermano difunto, nos familiarizamos rápidamente. Verdad es que yo imitaba a las mil maravillas sus gestos y movimientos, si bien en lo de aullar y otros gorgoritos por el estilo me superaba el menos ducho.

No obstante, por muy oso que pareciera, en realidad era un hombre, así que me di a buscar el mejor medio de sacar partido de la familiaridad que se había establecido entre nosotros.

En cierta ocasión había oído decir a un cirujano militar que una incisión en la espina dorsal causa instantáneamente la muerte, y de-

terminé hacer el experimento en aquellas fieras. Disimuladamente, saqué el cuchillo y herí con él en la nuca al mayor de los osos.

Convendréis, señores, en que el golpe era aventurado y en que tenía yo razón en estar inquieto; si el oso sobrevivía a la herida, mi muerte no se haría esperar: ni restos quedarían de mí.

Afortunadamente, el experimento salió a medida de mis deseos: el feroz animal cayó a mis pies para no levantarse más.

Tomé, en consecuencia, la heroica resolución de acabar con todos por el mismo procedimiento, lo cual no presentó la menor dificultad, pues aun cuando vieran caer a derecha e izquierda a sus hermanos, no les inspiraba la menor sospecha ni la caída ni las consecuencias de la misma. Y esto fué lo que me salvó.

Cuando los vi a todos muertos a mis pies, me sentí tan satisfecho como debió estarlo Sansón después de acabar con los filisteos.

En resumen, volví a toda prisa al buque, y pedí las tres cuartas partes de la tripulación para que me ayudase en la inmensa tarea de

desollar a aquellos millares de osos y llevar a bordo sus jamones y pieles. Lo demás fué arrojado al agua, aunque salado habría constituido un alimento no despreciable.

A nuestro regreso, envié, en nombre del capitán, unos cuantos jamones a los lores del Almirantazgo y de la Hacienda, al lord corregidor, al Consejo Urbano de Londres y a las asociaciones comerciales, y otros, en fin, a nuestros amigos. De todos recibimos cumplidas gracias, y la City nos devolvió el obsequio, invitándonos a la comida que se celebra anualmente con motivo del nombramiento del lord corregidor.

Envié la mayoría de las pieles de los osos a la emperatriz de Rusia para pellizas de invierno con destino a ella misma y a los individuos de su corte, y Su Majestad Imperial me dió las gracias en una carta autógrafa que me trajo un embajador extraordinario, y en la cual me rogaba fuera a la ciudad de los zares a compartir su corona. Pero, como nunca tuve afición a la soberanía, decliné en los mejores términos el ofrecimiento de la emperatriz.

Se ha hecho correr el rumor de que el capitán Phipps no fué tan lejos, en su expedición al polo Norte, como hubiera podido ir. Y es deber mío salir a su defensa sobre este punto.

Nuestro barco estaba en el mejor camino para llegar al polo ; pero, habiéndole yo cargado con aquella enorme cantidad de jamones y pieles, hubiera sido una locura ir más lejos ; no habríamos podido navegar contra el más leve viento contrario, ni menos por entre los témpanos que se pasean por el mar en aquellas latitudes.

El capitán declaró después repetidas veces que lamentaba infinito no haber tomado parte en aquella mi gloriosa jornada, que recibió el nombre de «jornada de las pieles».

También debo decir que me envidia mi gloria y ha procurado por todos los medios empañarla. Sobre esto hemos disputado muchas veces, y hoy mismo no nos ligan relaciones muy cordiales. Pretende él, por ejemplo, que no hay gran mérito en haber engañado a los osos metiéndose en la piel de uno de ellos, y que, en mi lugar, él se hubiera ido derecho al

bulto sin necesidad de piel ni disfraz de ningún género, y no habría obtenido peor resultado que yo.

Pero es un punto por demás delicado este para que un hombre que tiene pretensiones de buena educación se atenga a discutirlo, y mucho menos teniendo enfrente nada menos que a un noble par de Inglaterra.

## CAPITULO XV

### UN PERRO COMO HAY POCOS

**D**espués de mi aventura de los osos hice con el capitán Hamilton, un viaje de Inglaterra a las Indias Orientales.

Llevaba yo en esta circunstancia un perro que valía, conforme suele decirse, lo que pesaba en oro, porque nunca falló su olfato excepcional.

Cierto día que, según todos los cálculos, nos hallábamos a trescientas millas de tierra, «Tray», que así se llamaba el perro, púsose de pronto a olfatear. Lo vi, con el consiguiente asombro, permanecer algún tiempo en acecho, y dejándole en tal posición, fuí a dar conocimiento de lo que ocurría al capitán y sus oficiales, afirmando en su presencia que

debíamos estar muy cerca de tierra, puesto que mi perro venteaba la caza.

Todos se echaron a reir; pero yo conservé mi seriedad, y después de una larga discusión sobre el asunto, declaré terminantemente al capitán que, como tenía más confianza en la nariz de mi perro que en los ojos de todos los marinos habidos y por haber, apostaba cien guineas (\*), que era lo que me costaba mi pasaje, a que antes de media hora encontraríamos caza.

El capitán, que era un hombre de la mejor pasta, se echó a reir y rogó al señor Crawford, el médico de a bordo, que me tomara el pulso. Y el hombre de ciencia obedeció a su jefe, declarando que mi salud era perfecta.

Pusiéronse luego a hablar en voz baja, para que yo no les oyese; con todo, logré coger al vuelo alguna palabra de su conversación.

—No está en sus cabales—dijo el capitán—, y no puedo honradamente aceptar su apuesta.

—Soy de parecer contrario—repuso el médico—. El señor barón está tan cuerdo como

---

(\*) Guineas, antigua moneda inglesa de oro, equivalente a 25'45 pesetas.

nosotros; pero tiene más confianza en el olfato de su perro que en la ciencia de los oficiales de a bordo. Ni más ni menos. En todo caso, perderá y tendrá su merecido.

—Perfectamente; si insiste, aceptaré su apuesta. Pero si le gano, para tranquilidad de mi conciencia, le devolveré el dinero.

Mientras se cruzaban estas palabras, «Tray» continuó en su posición de acecho. Renové mi apuesta, y el capitán aceptó. Y acabábamos de estrecharnos la diestra para sellar el pacto, cuando unos marineros que pescaban en un bote amarrado a la popa del buque, cogieron un enorme perro de mar, que inmediatamente subieron a bordo. Pusiéronse al punto a descuartizarlo, y le encontraron en el estómago seis pares de perdices vivas. Por cierto que las pobres aves habitaban allí hacia mucho tiempo, puesto que una de las hembras hallábase incubando cinco huevos. Uno de éstos encontrábase ya en vísperas de dar el pollo al ser abierto el pez, y, naturalmente, se estropeó; pero los otros se abrieron en tiempo oportuno, procurando hermosos perdigones, que incorporamos a una camada de ga-

titos nacidos algunos minutos antes. La mamá de estos últimos quería a los polluelos tanto como a sus hijos y maullaba lastimeramente cuando alguno de ellos alejábale del camastro y tardaba en volver.

Todavía criaron durante el viaje cuatro perdices más de las que «pescáramos», así que tuvimos caza en la mesa durante toda la travesía.

Para recompensar a «Tray» por las cien guienas que hiciérame ganar, le di todos los huesos de las perdices que nos comiéramos y algún que otro pollo entero.

## CAPITULO XVI

### EN LA LUNA

**O**s he hablado ya, señores míos, de un viaje que en cierta ocasión hube de hacer a la luna para recuperar mi hacha de plata de agricultor del Gran Turco. Más adelante tuve ocasión de volver al indicado planeta, pero de un modo mucho más agradable. Por cierto que esta última vez permanecí allí el tiempo suficiente para realizar varias observaciones, que voy a tener el honor de comunicaros, tan exactamente como la memoria me lo permita.

A uno de mis parientes lejanos, metiósele en la sesera que en algún punto tenía que existir un pueblo igual en magnitud al que Gulliver pretende haber hallado en el reino de Brobdingnag, y resolvió intentar la empresa

de hallar ese pueblo, rogándome que le acompañase.

Yo he tenido siempre la narración de Gulliver por un cuento de niños, y nunca creí más en la existencia de Brobdignag que en la del tan cacareado Eldorado ; pero, como aquel honorable pariente habíame instituído su heredero universal, juzgué que le debía algunos miramientos y acepté su invitación.

Arribamos felizmente al Pacífico, sin encontrar nada digno de especial mención, a no ser algunos hombres y mujeres volantes que bailaban minués en los aires, donde, además, hacían toda clase de cabriolas.

Dieciocho días después de haber pasado por delante de la isla de Otahiti, desencadenóse un huracán que lanzó a nuestro buque por los aires, hasta una altura de mil millas, poco más o menos, sobre el nivel del mar, y nos mantuvo en tal posición durante mucho tiempo. Un viento favorable hinchó, por fin, nuestras velas, llevándonos con celeridad nunca soñada.

Seis semanas hacía que de esta forma viajábamos por encima de las nubes, cuando descubrimos una vasta tierra, redonda y rebo-

sante de luz, parecida a una esplendente isla. Soltando el ancla, procedimos a desembarcar, sin sospechar al pronto que lo hacíamos en un país habitado. A nuestro alrededor no tardamos en ver, cuando nuestros ojos se habituaron a aquella claridad, ciudades, árboles, montañas, ríos, lagos, etc., de tal suerte que creímos haber vuelto a la tierra de que partiéramos.

Pero aquella esplendente isla era la luna, según pudimos comprobar muy luego.

Lo primero que vimos allí fueron seres de proporciones desmesuradas, montados en buitres de tres cabezas. Para daros una idea de las dimensiones de estas aves, sólo os diré que la distancia de un extremo a otro de las alas era seis veces mayor que la mayor de las cuerdas que llevábamos a bordo. En vez de usar caballos, como nosotros, los pobres habitantes de la tierra, los de la luna volaban montados en estas enormes aves.

En el momento de llegar nosotros, el rey del luminoso país estaba en guerra con el Sol, y me ofreció una plaza de oficial ; pero yo creí

prudente no aceptar el honor que Su Majestad lunar me brindara.

Todo en aquel país es extraordinariamente voluminoso : una mosca común, por ejemplo, abulta casi tanto como el mayor carnero terrestre.

Las armas predilectas de los habitantes de la luna son los rábanos silvestres, que manejan como jabalinas y dan la muerte al que alcanzan. Cuando la estación de los nabos ha pasado, utilizan los nabos con el mismo éxito. Como armas defensivas usan larguísimos escudos.

Pude ver también en la luna algunos naturales de la estrella Sirio, que habían ido allí para solventar asuntos comerciales. Tienen cabeza de perro dogo y los ojos en la punta de la nariz, o mejor dicho, en la parte inferior de este apéndice ; carecen de pestañas y cejas ; pero, cuando quieren dormir, se cubren con la lengua los ojos ; su estatura, por término medio, no excede de veinte pies ; la de los habitantes de la luna es de treinta y seis a lo menos.

No se dan éstos el nombre de hombres, sino

el de «seres cocedores», porque, como nosotros, preparan su comida al fuego ; por lo demás, no emplean mucho tiempo en yantar : tienen en el costado izquierdo una ventanilla, por donde introducen en el estómago los alimentos, y que sólo se abre una vez cada treinta días ; por consiguiente, hacen únicamente doce comidas al año, combinación que sin duda les envidiarán aquellos que no vivan exclusivamente para comer.

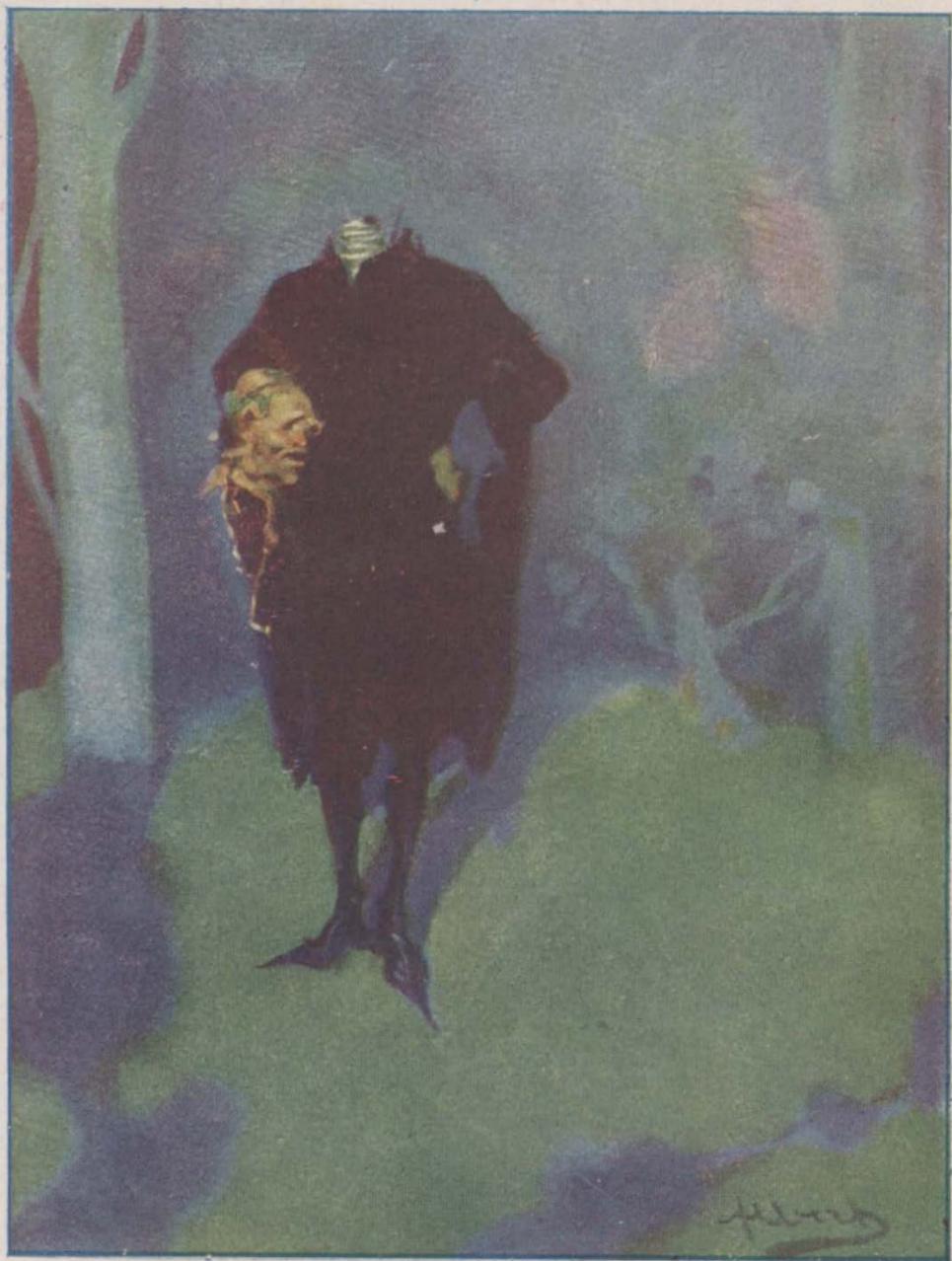
En la luna todo lo producen árboles : los seres racionales, los irracionales y las cosas. Tales árboles difieren muchísimo entre sí, según el fruto que suministran ; los que dan seres racionales u hombres, son mucho más bellos que los otros : tienen grandes ramas rectas y hojas color carne, consistiendo su fruto en nueces de cáscara durísima y de seis pies, lo menos, de longitud ; cuando tales nueces están maduras, lo que se conoce por el color que toman, coséchaselas con mucho cuidado, conservándolas hasta el momento oportuno ; échaselas entonces en calderas de agua hirviente, con lo cual se abre la corteza y sale la criatura viva.

Antes de venir al mundo, su espíritu ha recibido ya de la naturaleza determinada inclinación : de una nuez sale un soldado, de otra un filósofo, de otra un teólogo, de otra un abogado, de otra un agricultor, y así sucesivamente ; y cada cual se pone a practicar lo que en un principio sólo conocía en teoría. La dificultad consiste en saber lo que contiene la nuez. En la época de mi estancia en aquellos parajes, un sabio teólogo pretendía poseer el secreto de adivinarlo ; más no se hacía caso de él y tratábasele de loco.

Llegados a la vejez, los habitantes de la luna no mueren, como los de la tierra, sino que se disuelven en el aire y desvanécense a semejanza del humo.

No necesitan beber, y no tienen en cada mano más que un dedo, por medio del cual lo hacen todo mucho mejor que nosotros con el pulgar y los otros cuatro.

Llevan la cabeza bajo el brazo derecho, y cuando salen de viaje o han de ejecutar un trabajo que requiera mucho movimiento, déjansela en casa, ya que pueden pedirle con-



Llevan la cabeza bajo el brazo...



sejo a cualquier distancia y por escondida que esté.

Cuando las altas personalidades de la luna desean saber lo que hacen las clases humildes del pueblo, no tienen la mala costumbre de ir personalmente a molestar a nadie con preguntas, sino que se quedan en casa y envían solamente a la calle la cabeza, que después de ver de incógnito lo que ocurre, vuelve con las deseadas noticias al sobaco derecho de su legítimo propietario.

Las pepitas de la uva lunar son idénticas a nuestro granizo, y tengo el firme convencimiento de que cuando una tempestad desgrana y destroza allá los racimos, caen sus pepitas en nuestro planeta bajo la forma de lo que llamamos pedrisco. Hasta inclínome a creer que muchos cosecheros hicieron largo tiempo atrás esta observación ; a lo menos yo bebí más de una vez vino que parecía hecho con granizo, y cuyo sabor recordábame el vino lunar.

A punto estaba de omitir, por puro olvido, un pormenor de excepcional interés : Los habitantes de la luna se sirven de su vientre como nosotros de nuestros morrales : echan en él todo

aquello que a su juicio pueden necesitar, y lo abren y cierran a su capricho, de igual modo que el estómago, pues no les estorban los intestinos, el corazón, hígado, bazo y riñones, porque no los tienen.

Pueden a su capricho quitarse y ponerse los ojos, cuando los llevan en la mano de igual manera que cuando se los incrustan en la cara. Si se les estropea o se les pierde uno, pueden reemplazarlo por otro nuevo, alquilándolo o comprándolo, pues hay en la luna personas que realizan ese doble comercio. Por cierto que la moda cambia a menudo el color de los ojos, que tan pronto «se llevan» azules como negros, verdes o castaños.

Comprendo, señores míos, que todo esto ha de pareceros rarísimo; pero me permitiré rogar a los que duden de la veracidad de mis palabras, se sirvan darse una vuelta por la luna, donde podrán comprobar la exactitud de mis afirmaciones.

## CAPITULO XVII

### EN LAS ENTRAÑAS DE LA TIERRA

**L**a lectura del viaje de Bridone a través de Sicilia, inspiróme un vehemente deseo de ver el Etna, deseo que me apresuré a realizar.

En el camino nada notable hubo de acaecerme, porque no considero notables esos mil incidentes de viaje que personas acostumbradas a poco refieren como maravillas.

Ya al pie de la montaña que tiene en su seno el volcán, cierta mañana temprano, salí de la cabaña donde pernoctara, firmemente resuelto a examinar el interior del cráter, aunque para ello hubiese de exponer la vida.

Después de tres horas de marcha fatigosísima, llegué a la cima de la montaña.

Hacía tres semanas que oíase un rumor con-

tinuo, que brotaba de las profundidades del volcán.

Sobradamente conocéis, señores, el Etna, por las numerosas descripciones que de él se ha hecho; así que no he de repetiros lo que sabéis de igual modo que yo, con lo cual me ahorro trabajo y no me expongo a aburriros.

Tres veces di la vuelta al cráter (del que podéis formaros una idea imaginándoos un inmenso embudo); y comprendiendo al fin que continuando el paseo poco aprendería, tomé la heroica resolución de meterme dentro de un brinco.

Apenas di éste, me sentí como hundido en un baño de vapor ardiente. Por otra parte, las ascuas que saltaban sin cesar, causábanme infinitas quemaduras en todo el cuerpo. Pero, por mucha que fuera la violencia con que se lanzaban aquellas materias incandescentes, descendía yo con más rapidez que subían ellas, por efecto de la ley de la gravedad.

Al tocar el fondo, lo primero que noté fué un ruido espantoso, un concierto de juramentos, gritos y aullidos. Abrí los ojos y vi, como

os estoy viendo ahora, señores, al mismísimo Vulcano en compañía de sus cíclopes.

Estos últimos señores, a quienes mi buen sentido relegara siempre al dominio de la Fábula, discutían amistosamente desde hacía tres semanas por una cuestión de jerarquía y su reyerta trascendía al exterior en rumores imponentes.

Mi aparición restableció, como por ensalmo, la armonía entre aquellos caballeros.

Vulcano corrió renqueando a un armario, sacó de él ungüentos y compresas, que me puso con sus propias manos, y algunos minutos después hallábanse curadas mis quemaduras. Luego me dió a beber néctar y otros licores preciosos, reservados a los dioses, y cuando me vió repuesto, presentóme a Venus, su esposa, recomendando a ésta me prodigara todos los cuidados y atenciones que requería mi estado.

La suntuosidad del aposento a que la distinguida dama me condujera, la muelle blandura del sillón en que me hizo tomar asiento, el encanto divino que emanaba de su persona y la ternura de su corazón, no podría nadie

expresarlos con palabras tomadas del lenguaje humano, y su solo recuerdo me sumerge, indicio alguno que me anunciara la proximidad de tierra.

Por fin, a la caída de la tarde, divisé un buque que navegaba con rumbo hacia mí. Cuando lo tuve al habla, grité con todas mis fuerzas en demanda de auxilio. Contestáronme en holandés. Me arrojé al mar sin andarme con rodeos y nadé hasta el barco, a cuyo bordo fuí amablemente recibido.

Pregunté en dónde nos encontrábamos, y me respondieron que en el mar del Sur.

Este dato explicaba todo el enigma. Era evidente que había mi persona atravesado todo el globo terráqueo, cayendo, al salir del Etna, en el mar del Sur. Un camino más corto, para ir de un extremo a otro del universo, que el consistente en dar la vuelta a éste. Nadie, antes que yo, lo había recorrido; y prometo que, si decido realizar nuevamente ese viaje, traeré observaciones todavía más interesantes.

Pedí algún refrigerio, que me sirvieron al punto, y me fuí a la cama.

Con todo y haberme salvado y atendido lo

mejor del mundo, no quedé muy contento de los holandeses. A la siguiente mañana referí mis aventuras a los oficiales, exactamente, señores, como os las acabo de contar, y muchos de ellos, entre los que incluiré al capitán, atreviéronse a poner en duda mis afirmaciones. Pero, como me habían dado hospitalidad en su buque y si vivía debíasele a ellos, tuve que soportar la humillación con la sonrisa en los labios.

Inquirí después el objeto de su viaje, y se me contestó que tenían el propósito de explorar nuevamente el derrotero seguido por el capitán Cook.

A la mañana siguiente nos encontrábamos, en efecto, en la bahía de Botany, punto adonde el gobierno inglés debiera enviar, no a sus grandes criminales para castigarlos, sino gentes honradas para recompensarlas, pues es un país riquísimo y de belleza extraordinaria.

No permanecemos en la bahía de Botany más que tres días. Y al cuarto, después de nuestra salida de aquellos encantadores parajes, se desencadenó una horrorosa tempestad que desgarró todas nuestras velas, rompió va-

rias partes del buque y derribó el palo mayor, que cayó sobre la caja en que teníamos encerrada la brújula y la hizo mil pedazos. El que haya viajado por mar conoce perfectamente las consecuencias de accidente tal. No podíamos saber dónde estábamos ni adónde íbamos.

Por fin cesó la tormenta, a la que siguió una brisa continua.

Hacía ya tres meses que navegábamos y debíamos haber recorrido mucho camino, cuando de repente notamos un cambio singularísimo en todo lo que nos rodeaba: nos sentíamos alegres y animados y a nuestro olfato llegaban los más suaves y balsámicos olores; la misma mar había cambiado de color: no era verde, sino blanca.

Pronto descubrimos tierra, y a alguna distancia un puerto, al cual nos dirigimos, encontrándolo espacioso y profundo. Pero en vez de estar lleno de agua estábalo de leche exquisita. Saltamos a tierra, y un sumario reconocimiento nos demostró que la isla entera (porque la tierra en cuestión formaba una isla) no era otra cosa que un queso enorme.

No lo echáramos de ver si una circunstancia especial no nos lo hubiera advertido. Pero es el caso que uno de nuestros marineros sentía una invencible repugnancia por el queso, y al poner la planta en tierra cayó desvanecido. Al volver en sí rogó encarecidamente que retirasen el queso de debajo de sus pies. Reconocióse entonces el terreno y se vió que le asistía la razón : la isla, según dije antes, era un queso descomunal.

Los habitantes se sustentaban sobre todo de él, a pesar de lo cual nunca menguaba el enorme queso, toda vez que crecía de noche lo que se cortaba durante el día.

Vimos en aquella isla muchos viñedos, cuyas uvas, muy abundantes por cierto, daban leche en vez de vino.

Los habitantes eran esbeltos y bellos ; caminaban erguidos, y tenían tres piernas y un solo brazo ; los adultos lucían además un cuerno en la frente, con el cual atacaban y se defendían a maravilla. Efectuaban todos ellos carreras de resistencia sobre la superficie del agua, digo, de la leche, corriendo con más

gracia y desenvoltura que un terrestre en un campo de sport.

Se criaba en aquella isla gran cantidad de espigas, semejantes a hongos y de las cuales extraíanse panes ya cocidos. En nuestros paseos de exploración encontramos siete ríos de leche y dos de vino.

Después de dieciséis días de excursión, llegamos a la orilla opuesta a la en que hallábase anclado nuestro buque, hallando allí grandes llanuras de ese queso azulado o enmohecido de puro viejo que tanto gusta a los aficionados. En tales llanuras crecían magníficos árboles frutales, entre los cuales habíalos de especies para nosotros desconocidas. En estos árboles, que eran gigantescos, había una prodigiosa cantidad de nidos de aves. Vimos, entre otros, uno de alciones, cuya circunferencia comprendía cinco veces el diámetro de la cúpula de la iglesia de San Pedro, de Londres; estaba artísticamente construído con árboles colosales, y contenía... esperad que recuerde la cifra... contenía, exactamente, quinientos huevos, el menor de los cuales era del tamaño de una barrica de las mayores que se usan.

Nos fué imposible ver los pollos que había dentro; pero los oímos piar. Habiendo roto con muchísimo trabajo uno de aquellos huevos monstruosos, vimos salir de él un pajarillo implume que abultaba, por lo menos, tanto como veinte águilas juntas de las que conocemos los terrestres. Pero aconteció que, no bien hubimos cometido el atropello, el alción padre lanzóse sobre nosotros, cogió a nuestro capitán con una de sus garras, y según el dicho vulgar, en un mar de delicias.

El propio Vulcano me hizo una minuciosa descripción del Etna; me dijo que aquella montaña no es más que un montón de cenizas provenientes de su fragua, y me explicó que con cierta frecuencia veíase obligado a castigar severamente a sus operarios, y que entonces, en su cólera, arrojábales ascuas, que ellos rehúían diestramente, dejándolas salir por el cráter del volcán.

—Nuestras discusiones—añadió—duran a veces varios meses, y los fenómenos que producen en la tierra son lo que llamáis, según creo, erupciones. El Vesubio es otra de mis fraguas, a la cual voy cuando me place o me

conviene por una galería de trescientas cincuenta millas que pasa por debajo del mar; y allí también, altercados por el estilo producen en la tierra accidentes idénticos.

Aunque me complaciese yo mucho en la instructiva conversación del marido, gustábame más el trato de la esposa, y quizá no hubiese dejado jamás aquel palacio subterráneo si malas lenguas, que en todas partes las hay, no hubiesen encendido en el pecho de Vulcano el fuego de la envidia.

Y aconteció que una mañana que encontrábame yo departiendo amistosamente con la señora Venus, penetró en la estancia sin hacerse anunciar, cogióme del cuello de la casaca y me llevó a un aposento que yo no había visto aún. Llegados allí me suspendió sobre un espantoso precipicio y díjome:

—¡Ingrato mortal, vuelve al mundo de donde salieras!

Y sin más ceremonia me lanzó a la tenebrosa sima.

Deslicéme en sus entrañas con velocidad cada vez mayor, hasta que el espanto, unido a la vertiginosa caída, hízome perder el con-



— Ingrato mortal, vuelve al mundo.

JOSEPH ANASTASIO  
BOSTON 30

cimiento. Pero lo recobré de pronto al caer de bruces en una inmensa masa de agua iluminada por los rayos de la luna. Respiré largamente. Como, desde niño, nado igual que un pez, me pareció que aquello era el paraíso en comparación del horrible viaje que acababa de realizar.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

## CAPITULO XVIII

### EN EL VIENTRE DEL MONSTRUO

**M**iré en todas direcciones.

Sólo agua alcanzaron a ver mis ojos. En cuanto a la temperatura, era muy diferente de aquella a que habíame acostumbrado en los dominios del señor Vulcano y su esposa.

De pronto divisé a lo lejos algo que parecía una roca enorme y se me acercaba por momentos.

No tardé en comprender que era un témpano de hielo semejante a aquel en que diera la muerte a miles de osos.

Cuando le tuve a corta distancia di algunas vueltas en torno de él, y encontrando muy luego lo que buscaba, es decir, un sitio a que agarrarme, hícelo sin tardanza, logrando luego

encaramarme hasta la cima. Pero, con gran despecho mío, ni desde allí pude descubrir elevándose con él a una milla de altura, azotóle rabiosamente con las alas y lo dejó caer en el lechoso mar. Afortunadamente, los hijos de Holanda nadan mejor que peces, así que el capitán no tardó en volver a reunírse-nos.

No regresamos al buque por el mismo camino, y esto nos permitió realizar nuevos descubrimientos y observaciones. Entre las piezas de caza que cobramos había dos bueyes silvestres de un especie particular, pues tenían un solo cuerno, implantado entre los dos ojos. Luego hubimos de lamentar haberles dado muerte, pues nos enteramos de que los indígenas los domesticaban y servíanse de ellos a guisa de caballos de silla o de tiro. Dijéronnos además que su carne era excelente, aunque inútil en absoluto para un pueblo que tenía en abundancia leche y queso.

Dos días antes de llegar donde estaba nuestro buque, vimos tres individuos colgados por las piernas de altos árboles. Pregunté por qué crimen habíaselos impuesto tan terrible cas-

tigo, y supe que, habiendo ido al extranjero, al regresar refirieron a sus amigos una multitud de embustes, describiendo lugares que no habían visto y aventuras que no les acaecieran. Encontré justísimo el correctivo, porque el primer deber de un viajero es el de no mentir en el relato de sus correrías.

Reunidos todos a bordo, levamos anclas y abandonamos aquel país extraordinario. Los árboles todos de la costa, algunos de los cuales eran enormes, inclináronse dos veces en amable saludo de despedida.

\* \* \*

Al cabo de tres días de navegación, Dios sabe por qué parajes, pues carecíamos de brújula según sabéis, entramos en un mar de color negro. Probamos lo que tomáramos al pronto por agua sucia, y con sorpresa hubimos de reconocer que era excelente vino. Costónos mucho trabajo impedir que nuestros marineros se embriegasen, si bien les permitimos beber con prudencia, en lo cual les imitamos gozosos.

Mas no fué nuestro contento de larga dura-

ción, porque algunas horas después nos vimos rodeados de ballenas y otros cetáceos gigantes, entre los cuales había uno tan largo que ni con mi antejo de larga vista pudimos descubrir el extremo de su cola. Por desgracia, no reparamos en tal monstruo sino cuando lo tuvimos demasiado cerca para atacarlo, y se tragó nuestro buque junto con su arboladura, todo lo cual pasó como grano de arroz por boca humana, a través de unos dientes de largo tal, que el palo mayor del mayor barco de guerra resultaría un frágil mondadientes comparado con ellos.

Después de conservarnos algún tiempo en su terrible boca, la volvió a abrir para tragarse una inmensa masa de agua ; entonces nuestro barco, empujado por esta corriente, fué a parar al vientre del monstruo, donde vinimos a estar como si hubiésemos echado el ancla o en medio de una calma chicha. El aire, como podéis suponer, era bastante cálido y pesado en aquella especie de ensenada, donde vimos anclas, cables, botes, lanchas y algunos buques, cargados éstos y vacíos los otros, y to-

dos los cuales sufrieran la misma suerte que el que nos cobijaba.

Para nosotros no había ya ni sol, ni luna ni ningún planeta. Ordinariamente nos hallábamos dos veces al día a flote y otras dos en seco : cuando el monstruo bebía estábamos a flote ; cuando desaguaba, nos quedábamos en seco, naturalmente. Según nuestros cálculos, con la cantidad de agua que el prodigioso cetáceo tragábase de una vez, habríase podido llenar el lecho del lago de Ginebra, que tiene, según sabéis, una circunferencia de más de treinta millas.

Al segundo día de nuestro cautiverio en aquel reino tenebroso, salí con el capitán y algunos oficiales a practicar un reconocimiento durante la «bajamar», según decíamos. Nos habíamos provisto de antorchas, y encontramos sucesivamente cerca diez mil hombres de todas nacionalidades, que se encontraban en nuestra misma situación y disponíanse a deliberar sobre los medios de recobrar la libertad ; algunos de tales individuos llevaban ya muchos años en el vientre del gigantesco pez. Pero aconteció que, en el momento en que

el presidente poníanos al tanto de la cuestión que iba a discutirse, el condenado monstruo tuvo sed y púsose a beber. Con tal violencia precipitóse el agua, que apenas tuvimos tiempo de llegar a nuestras respectivas embarcaciones; por cierto que algunos de los concurrentes, menos ágiles que los otros, hubieron de salvarse a nado.

Vuelto el monstruo al agua nos reunimos otra vez, y habiéndome nombrado presidente propuse empalmar por sus extremos los dos palos mayores que se encontraran, y cuando el maldito pez abriera la boca, empinarlos de suerte que no pudiera cerrarla.

Por unanimidad fué aceptada la moción, y cien marineros, escogidos entre los más forzudos, recibieron la orden de ponerla en práctica.

Apenas estuvieron empalmados los dos palos mayores, presentóse la ocasión favorable, con motivo de habersele ocurrido bostezar al monstruo. Antes que pensara en cerrar la abierta boca, empinamos los empalmados palos, procediendo de suerte que el extremo in-

ferior se apoyase en la lengua, penetrando el superior en el paladar.

La salvación era un hecho. Después de salir todos del vientre del monstruo, valiéndonos de los mil botes que teníamos a nuestra disposición, nos repartimos en treinta y cinco barcos de todas partes del globo, y, dejando atravesados en la boca del monstruo los dos árboles, para impedir que otros infelices tuvieran la desgracia de verse encerrados en aquel abismo, dimos las gracias al cielo por habernos permitido recuperar la libertad.

En seguida, nuestro primer deseo fué, naturalmente, saber en qué parte del mundo nos hallábamos, y, después de muchos cálculos, conjeturas y observaciones, pude deducir que estábamos en mitad del mar Caspio; y como este mar encuéntrase rodeado de tierra en todos sentidos, sin tener comunicación con ningún otro mar ni masa de agua, no podíamos comprender por qué milagro nos hallábamos allí. Un habitante de la isla de queso, que yo llevaba conmigo, nos dió una explicación racional del fenómeno; a su en-

tender, el monstruo en cuyo seno pasáramos tanto tiempo, había penetrado en el mar Caspio por una vía subterránea. Como quiera que fuese allí estábamos, y en verdad muy satisfechos de estar allí. No nos faltaba sino llegar a la orilla, y al efecto nos pusimos en marcha.

Yo fuí el primero en saltar a tierra; mas, apenas hube puesto los pies en suelo firme, me ví acometido por un oso enorme.

—Viene sin duda a darme la bienvenida— me dije.

Y tomando entre las mías sus manos, estrechélas con tanta cordialidad, en respuesta a su saludo, que púsose a aullar con desespero; mas yo, sin dejarme conmovér por sus lamentaciones, lo mantuve en tal posición hasta que se murió de hambre. Gracias a esta hazaña, inspiré tal respeto a los osos del orbe, que desde aquel día ninguno de esos lanudos animales se ha atrevido a acometerme.

\* \* \*

Desde las costas del mar Caspio me tras-

ladé a San Petersburgo, donde un antiguo amigo hizome un regalo que le agradecí en extremo: obsequióme con un perro de caza, descendiente de la famosa perra que dió a luz persiguiendo a una liebre.

Cierto cazador, que no debiera empuñar nunca una escopeta, dió muerte a ese perro tirando a una bandada de perdices.

Con la piel del pobre animal híceme el jubón que llevo puesto, preciosa prenda que, cuando voy de caza, me conduce indefectiblemente donde la hay. Además, cuando estoy bastante cerca para tirar, salta uno de mis botones al sitio en que está la pieza, y como yo siempre llevo la escopeta preparada, no yerro un tiro.

Como podéis ver, quédanme todavía tres botones; pero en cuanto llegue la época de la caza, veréis aquí doble hilera de botones nuevos.

Venid a verme entonces, y con seguridad tendré mucho que contaros. Por hoy, tómome la libertad de retirarme, deseando paséis buena noche.

FIN

